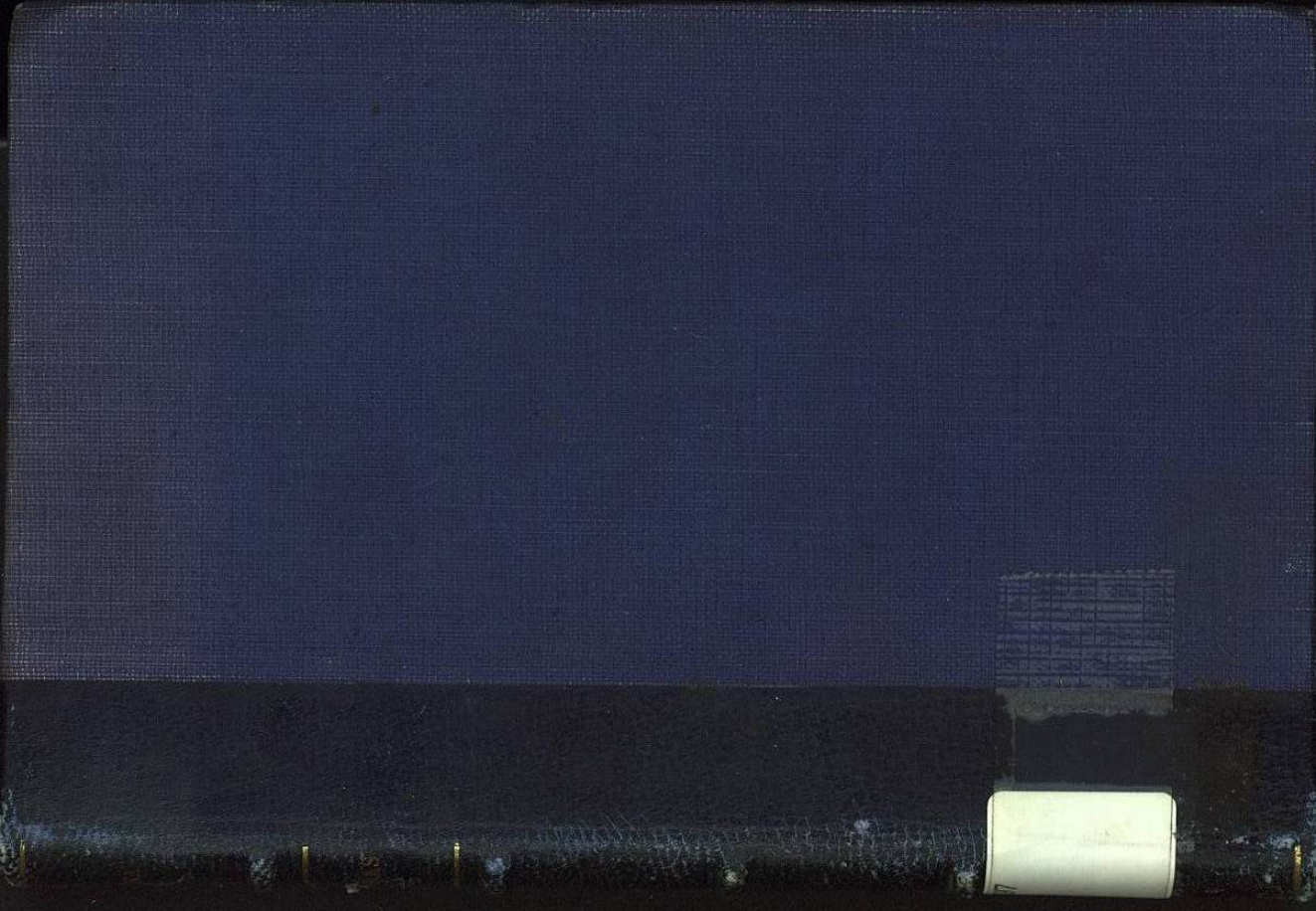


URBINA

INGENUAS

PQ7297
.U7
I5

R. C.

1020028393

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

30098
5300

INGENUAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LUIS G. URBINA

INGENUAS

Creer-Crear.

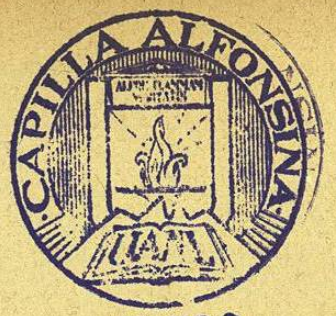
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
100838

LIBRERÍA DE LA VDA DE C. BOURET
PARÍS
23, rue Visconti, 23
MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1902
Propiedad del Editor.

32463

M 861
U.
PQ 7297
.U7
I5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

París. — Imprenta de la Vda de C. Bouret. — 600-1902.

A

JUSTO SIERRA

Maestro :

No era posible — Ud. lo sabe — que faltara en la primera página de un libro mío el nombre de Ud. Él ha sido desde hace muchos años el mote de mi escudo en esta lucha de mezquindades dolorosas.

Á nadie va á parecerle extraordinaria mi dedicatoria. No es un homenaje que rindo; es un deber que cumplo.

De mi filial amor, de mi larga veneración, de mi admiración perpetua por Ud., son estas líneas sencillo y espontáneo testimonio.

Acójalas Ud. generosamente, como suele ver llegar, en la intimidad, los afectos sinceros y las devotas simpatías : con esa dulce y profunda mirada y esa mansa sonrisa de hombre bueno que experimenta el inefable bienestar de sentirse amado.

Luis G. Urbina.

DEL MISMO AUTOR

VERSOS (*edición agotada*)

PRÓXIMOS Á PUBLICARSE :

Cuentos de mi vida.
Hombres y libros.
Por los débiles.

Poemas triviales

1898-1900.

EL REGRESO

Cuando se fué, risueña é insensata,
y me dejó llorando, dije : — « Parte,
pero vuelve al hogar pasión ingrata,
que se quedan mis sueños á esperarte ».

Mis núbiles y frescas alegrías,
la persiguieron, locas y traviesas,
gritándole : « ¿ Qué buscas ó qué ansías ?
¿ Por qué te vas ¡ oh madre ! y no nos besas ? »

Trémulas de dolor se despidieron
mis ilusiones, y después, en calma,
silenciosas y juntas se escondieron
en el rincón más triste de mi alma.

Y todo esperó en paz : todo callado,
como al huir la golondrina espera
en el alero, el nido abandonado,
á que torne otra vez la primavera.

Y hablaba mi tristeza pensativa
á mi enferma ilusión entre las sombras :
Vamos, no sufras más pobre cautiva...
Si ya no ha de volver ¿ por qué la nombras ?

Mas como aguarda joven impaciente
la hora de la cita, en la ventana,
mi ilusión, al recuerdo de la ausente
decía : hoy no volvió, vendrá mañana.

Y mi esperanza, pálida de amores,
como anémica virgen se moría
y pasaban las nieves y las flores,
y la pasión ingrata no volvía.

Y de cansancio, soledad y frío,
llegó á mis sueños la infinita calma,
y muerta la ilusión quedó vacío
el hogar pavoroso de mi alma.

* * *

Ya mudo desde entonces fué mi duelo :
nadie espera, llorando, su venida.
Caen las hojas; se entristece el cielo...
Estoy en el Otoño de la vida.

Mas he aquí que por la senda obscura,
con paso lento que el pesar delata,
aparece en la sombra su figura...
¡ Ah ! qué distinta estás, pasión ingrata !

¿ De dónde vienes ? Todo lo adivino ;
una flor mustia tu cabello enreda,
y entre tu falda azul, manchas de vino
salpican los encajes y la seda.

Hay en tu rostro fiebre que consume;
los ojos brillan en su negro engaste,
y, á distancia, trasciendes al perfume
de las aras de amor donde oficiaste.

Te creí muerta ya; pero aún existes;
tiene tu débil voz extraños ecos;
traes de mucho ver, los ojos tristes,
y de mucho besar, los labios secos.

Hoy detienes tu marcha ante la puerta
del olvidado hogar, pero ya es tarde;
no hay en mi alma lúgubre, y desierta,
ni quien llore por ti ni quien te aguarde.

La madre se olvidó de los pequeños
hijos; mas vuelve y sollozante grita :
¡ Esperanzas, abrid ! ¡ Salíd, ensueños !...
...Y no contestarán... ¡ Quién resucita ?

Llega el hastío tras la dicha loca,
los sueños mueren y el encanto pasa...
Toca, pasión arrepentida, toca,
toca! no te han de abrir... No hay nadie en casa.

EL GRAN CRIMEN

I

Era una virgen misteriosa y pía :
en un suspiro la engendró el anhelo
de bondad y de amor que sentí un día
en que me puse á contemplar el cielo.

II

En pleno Abril mi alma : linfas puras,
flores abiertas, esplendor y aroma;
el aire azul manchado de blancuras :
polvo de lirios y alas de paloma.
¡ Jardines luminosos y floridos !
¡ Luxemburgo de mi alma ! ¡ Encantadores
parques, llenos de pájaros, de nidos,
de músicas, de luces y de flores !
¡ Divinos plenilunios ! ¡ Días de oro !
¡ Serenatas de amor, cantos risueños,
esquife de ilusiones, dulce coro,
sobre el dormido lago de los sueños !
¡ Oh Primavera !...

III

Pía y misteriosa
la virgen de mi alma recorría
el Luxemburgo; el pájaro y la rosa
le hablaban : eres misteriosa y pía.
Por todas partes, al pasar, su breve
chapín dejaba luminosos rastros,
y el brillo de su túnica de nieve
bordada con aljófares de astros.
Era una reina sin cortejo, sola...
Y diademaba su gentil cabeza
— en éxtasis perenne — la aureola
de una inmortal y plácida tristeza.
No reía la virgen : era grave ;
mas por su austera faz inmaculada,
pasaba, melancólico y suave,
el resplandor de una sonrisa alada.
Yo amaba á aquella blonda criatura,
y rogábale : — « Ven, que quiero verte ;
dime la celestial buena ventura ;
háblame de la vida y de la muerte. »
Y ella cantaba : — « Enamorado mío,
« vuelve hacia mí tu espíritu sereno;
« dame la mano, que si yo te guío
« no dejarás de ser feliz y bueno.
« Deja el vano temor que te posee;
« ama, entre más la ingratitud te hiera;
« cuando la duda te amenace, cree;
« cuando te agobie el infortunio, espera.
« No hay más que luz y amor : el mal no existe.

« ¿Por qué, cuando en él piensas, te intimida?
« ¿Sabes lo que es el odio? Es amor triste...
« ¿Sabes lo que es la sombra? Luz dormida...
« Nada se muere; nada se consume;
« todo marca, á su paso, inmortal huella;
« el alma de la rosa es el perfume,
« la claridad el alma de la estrella.
« Asciende, asciende más; en ti confío,
« mira; tras el azul, hondo y sereno,
« hay una Gran Ternura, amado mío,
« que crea lo que es bello y lo que es bueno.
« La vida es ascensión perpetua. Toma
« mi mano, y ven; te llevaré á la altura
« donde está lo que brilla y lo que aroma,
« lo que jamás se extingue y siempre dura. »
Al oír esas cosas inefables
yo le decía: — « Cumple tus empeños;
« háblame más, ansío que me hables,
« arrúllame en la cuna de tus sueños. »

IV

¡Traición!... Por fuera del jardín florido
lleno de orlas de luz, vívida y flava,
acechando en redor, como un bandido,
el Mal huroneaba, huroneaba...
Delante de mis núbiles pasiones
cruzaban, ostentando sus arreos,
la turba de las locas tentaciones
y la áurea procesión de los deseos.
Y por entre la malla de las frondas,
rompiendo las serenas soledades,

aparecían fugitivas rondas
y séquitos alegres de maldades.
Y en el soplo fragante de las brisas
llegaban, tentadores y traviesos,
la jocunda fanfarria de las risas
y el chasquido crispante de los besos.

V

...¿Cómo fué?... Es un misterio, es un terrible
enigma de mi sér. Cedí al influjo
de la obsesión tenaz; una invencible
curiosidad perversa me sedujo.
...Noche obscura... Yo ví cuál acechaban
firmes, fosforescentes y tranquilas,
como ígneos carbunclos que incrustaban
el ónix de la sombra, las pupilas.
Por mí lucían... ¿Qué nublado obscuro
apagó las estrellas? ¿Qué espantosa
soledad me cercó? ¿Qué filtro impuro
durmió á la virgen pía y misteriosa?
Por mí venían... — « Ábrenos sin miedo
« el jardín de tu alma; torna el llanto
« en risa. » Y gritó el Mal: Todo lo puedo
Y el Placer exclamó: Todo lo encanto.
Venciendo, entonces, mi terror constante,
abrí, de par en par, mi alma florida;
me preguntaron: — « ¿Dónde está tu amante? »
Y yo les dije: — « Entrad; está dormida. »
Redobló la Locura sus timbales,
y empezaron los rudos ejercicios,

y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jóvenes : los vicios.

VI

¡ Y comenzó el festín ! Entre feéricas
luces, danzas de ninfas y silenos,
y gritos de piérides histéricas
entre cantares lúbricos y obscenos.
El vino de mi sangre fué su vino,
mi carne, el pan ; y en sus ardientes goces
para siempre turbaron el divino
silencio de mi alma con sus voces.
Y se acercaron á vencerme.
— « ¡ Oh triste !
« Una lágrima tiembla en tu pestaña ;
« aún lloras ¿y por qué ? Si el bien no existe ;
« tu amante es una ilusa que te engaña.
« Sibila torpe y falsa ! No le creas
« que el odio es un amor, y luz dormida
« la sombra ; no tendrás lo que deseas ;
« no te darán la tierra prometida.
« Deja á la mentirosa que te ofusca ;
« en el cielo, ya claro ó ya sombrío
« clava tu pensamiento ; busca, busca,
« no encontrarás á Dios ; está vacío.
« El cielo está vacío : arranca el fútil
« tema de tu conciencia, y cese el ruego ;
« mira : la Creación es la obra inútil
« de un Acaso cruel, maligno y ciego.
« Mientras el árbol de la vida encorve
« su gran ramaje, y al placer te incite,

« el zumo dulce de la dicha sorbe
« antes de que la fruta se marchite.
« Todo á vivir en el placer te invita :
« la fragancia, el sonido y el destello ;
« deslíe tu existencia en la exquisita
« sensación voluptuosa de lo bello.
« Ten valor, y haz que huyan tus dolores ;
« he aquí como el problema se resuelve :
« la carne volverá deshecha en flores ;
« el soplo que la anima, ya no vuelve.
« Roba el placer donde lo halles ; gasta
« tu juventud fastuosamente ; toma
« el amor á la vida, que te basta
« subir la mano y alcanzar la poma.
« Tu dolor es estéril. Bah !.... Divierte
« de la existencia el infecundo enredo ;
« y así disponte á recibir la muerte :
« sin esperanza, mas también sin miedo.
« ¿ Por qué yaces atónito y oculto ?
« Mueve tu pie y empolva tu sandalia ;
« álzate y ven !.... »
Y me cercó en tumulto,
risueña y bulliciosa, la faunalia.

VII

¡ Oh pobre virgen misteriosa y pía !
cuántas veces, tocándome en el pecho,
aún puedes ser dichoso, me decía :
¿ no me amas ? ¿ te vas ? ¿ pues qué te he hecho ?
Pero mis nuevos camaradas : « Tarde
« — exclamaron — te llama ; viene en una

« hora fatal. ¡ Aprisa ! ¿ Eres cobarde ?
arrójala de aquí ; nos importuna.
« Ven con nosotros — le propuse ; — mira »
« la fe se pierde y los ensueños huyen ; »
« Soy feliz — contestó — con mi mentira ; »
« si con ellos me voy, me prostituyen. »
Hasta que al fin, rendido de la lucha,
el Mal me aconsejó : ¡ Vamos ! Desata
el nudo que te liga al Bien ; escucha ;
es forzoso matar á la insensata.
Yo, vacilando, supliqué : Perdona
su delirio y su amor. ¿Oyes ? me grita ;
su voz me hace soñar y me emociona ;
me ha consolado mucho. ¡ Pobrecita !

VIII

Cedí muy lentamente. Y de la mesa,
de la orgía, entre himnos y entre danzas,
se alzaron á exigirme mi promesa,
iracundas bacantes, las venganzas.
Y fuimos todos : me aturdió el bullicio
y la ví perecer. Ingrato y necio,
yo contemplé impasible el sacrificio
con sonrisa de burla y de desprecio.
Cuando sintió la virgen el aleve
golpe, inclinó la faz triste y radiosa,
y se empapó su túnica de nieve
en púrpura de sangre luminosa.
Ya, casi muerta, suspiró : « Sombrío
está tu porvenir : ¡ qué infame dolo !
Yo siento que me maten, amor mío,

no por morir, porque te dejo solo. »
¡ Oh qué martirio el suyo ! ¡ qué agonía !
no cesó de rogar... « Cree en el cielo !.... »
Era una virgen misteriosa y pía,
en un suspiro la engendró mi anhelo.
.... Redobló la locura sus timbales
y siguieron los rudos ejercicios
y los juegos ruidosos y sensuales
de los sátiros jovenes : los vicios....

IX

Marchita está mi alma. En el callado
ambiente ruedan dolorosos ecos,
y tapizan el parque abandonado
estatuas rotas y ramajes secos.
Alguna vez dolientes carcajadas
sacuden el silencio, hondo y tranquilo :
son las bacantes, ebrias y cansadas,
que van en busca de quietud y asilo.
Alguna vez las flautas tocan flébiles
aires, y alzan rumor trotes cansados :
unos sátiros son, viejos y débiles
que pasan con los tirsos apagados.

X

Aún el sombrío Luxemburgo habitas
¡ oh Mal, Genio implacable ! Aún te coronas
con mis flores ya mustias y marchitas,
aún el jardín de mi alma no abandonas.
¡ Oh Mal ! Llenas de horror bajan la frente,

y se ponen, al ver tus impurezas,
á levantar plegarias por la ausente,
cual taciturnas monjas, mis tristezas.
¡Oh Mal! al verte mis recuerdos, gimen,
y claman sin cesar : — « ¡ Olvido !.... ¡ Olvido !... »

XI

Esta es la historia auténtica del crimen
que en el mundo de mi alma has cometido.

LA ÚLTIMA VISITA

Ella ha querido entrar en mi
corazón y me ha torturado :

I

Es un palacio en ruinas, ¿ á qué vienes
caprichosa muchacha ? Las inquietas
curiosidades frívolas que tienes
gustan á tus amigos los poetas ;

los que á contarte van, todos los días,
para darte un placer con sus engaños,
las mil y tres sonoras tonterías
que arrullan sin cesar tus quince años.

Pero á mí no; ya no ; que arrepentido
al sueño y al amor cerré las puertas,
y estoy en la cartuja de mi olvido
cavando fosas á mis rimas muertas.

II

Sin embargo, curiosa, entra si quieres;
por un instante alegrarás la casa :

¡ Roces de sedas, risas de mujeres,
cómo sois inefables !... Pasa... pasa.

Deslumbrada y á tientas, por obscuros
laberintos y dédalos caminas;
¿ ves ? tiestos rotos y manchados muros;
¿ no te lo dije ? Es una casa en ruinas.

Sube por los musgosos escalones,
levanta las podridas colgaduras,
sigue por aposentos y salones,
desempolva tapices y pinturas;

haz lo que quieras, atrevida y loca;
un efluvio de antiguas primaveras
vuelve á exhalar lo que tu mano toca;
hurga, escudriña, rompe... haz lo que quieras.

III

Mi juventud fué alegre cortesana
que vivió prodigando su hermosura;
mi juventud amó; fué una liviana
que no mintió el amor ni la ternura.

Era jovial, simpática, mimosa,
amiga de entusiasmos y ruidos;
¿ ves por el suelo pétalos de rosa,
perlas quebradas y rubís caídos ?

Son rastros de brillantes galanteos,
de aventuras y fiestas, en que había,
tras los floridos biombos, cuchicheos,
sobre las frescas bocas, ambrosía....

IV

Este es un lindo bandolín dorado
que acompañó droláticas canciones;
míralo sin adornos y empolvado;
fué de las señoritas ilusiones.

Ese es el viejo clave donde iba
á preludiar sus himnos mi esperanza;
y en donde dulce, ingenua, pensativa,
cantó su melancólica romanza.

Que lo abra sin temor tu mano inquieta,
es un curioso libro de memorias;
retratos de mujeres... ¡ indiscreta !
yo no te he de contar esas historias.

Adivínalas tú, que me importunas,
con malicias perversas y vulgares;
son " Cuentos de Boccacio " con algunas
páginas del " Cantar de los Cantares. "

¿ Esta ? La sala de armas : el luciente
casco de Lohengrin sobre el bruñido
arnés; el ideal entró en la ardiente
liza, de punta en blanco, y fué vencido.

Bien : empuja la puerta de caoba,
mas tu rostro burlón, lleno de risa
por un instante enseria : esta es la alcoba
de mi primer amor; ¡ pasa de prisa !

Nada hay que ver : la luz que en la vidriera
cenicienta y opaca se ha filtrado,

mézclase á la penumbra donde espera
un lecho, como un nido abandonado.

Adelante. Esta sombra en la que brilla
el oro con sus claras languideces
es un lugar sagrado : la Capilla;
no hay nadie en el altar; sigue, no reces.

Baja por la escalera de granito,
deja las salas tristes y desiertas....

V

Ahora estás en el jardín marchito
alfombrado de polvo y hojas muertas.

Ven; premiaré tu afán y tu desmayo,
con flores tristes, pálidas y hermosas;
que en un jardín marchito suele un rayo
de sol, resucitar algunas rosas.

¡ Plantas salvajes ! Mira cómo crecen,
hasta subir por las pringosas piedras
de las tapias desnudas, que guarnecen
con sus festones lánguidos, las yedras.

VI

Descansa; el sitio á reposar convida;
ponte á soñar; te contaré entre tanto
las árabes leyendas de mi vida
enjoyadas de besos y de llanto.

Pero no; de tu alegre pensamiento
sacudirás tal vez el llanto mío,
cual se sacude un pájaro contento
de las ágiles alas, el rocío.

VII

Sobre la soledad obscura y yerma
se tiende un horizonte de neblinas;
quisiste visitar un alma enferma,
y, ya lo ves, es un palacio en ruinas.

Sonríe, recordando tus placeres,
¿ qué te importa el silencio de esta casa ?
¡ Roces de sedas, risas de mujeres,
cómo sois inefables !... Pasa, pasa.

Y véte ya; tras la violeta cima
la noche avanza, de luceros llena;
y aquí cuando la noche se aproxima
suelen aparecer almas en pena.

Pero no te apresures; ve sin miedo;
más gentil, más gallarda, más despacio.
¿ Por qué me invitas á salir ? No puedo;
yo soy el fiel guardián de este palacio.

Algo te guardas tú de las secretas
historias de mi alma... ¡ qué locura !
¡ No olvides de narrar á tus poetas,
entre risas y versos, la aventura !

Mudas están las almas de las cosas;
no hay luz en las calladas galerías,

en el seco jardín, no hay mariposas....
¿Á qué quieres volver? ... te aburrirías.

No ha tenido mi voz, bronca y cascada
para tus burlas frívolas reproches;
te dejo en el umbral : estás cansada;
curiosa, véte en paz : ¡muy buenas noches!

Viejos romanticismos

(1887-1891).

LA ÚLTIMA SERENATA

Á Juan de Dios Peza.

CANTO PRIMERO

I

Vaga, confusa, incierta,
Como un jirón de niebla en el Invierno,
Aun se agita y despierta
Mi memoria rendida,
Con el triste recuerdo de mi vida
Amargo á veces, pero siempre tierno.
No es la historia completa; son escenas
Aisladas, en que el drama
Se desarrolla más, en que las penas
Luchan con el placer que las fascina,
Y en que á través de la confusa trama
La catástrofe triste se adivina.
Empero más vivaz, más culminante,
Más clara, hay una escena,
Infeliz episodio de mi historia,
Que se presenta sola en mi memoria
Como el suelto eslabón de una cadena.

Allá... mi dócil pensamiento vuela
En horas de quietud, y por mi frente
Vuelve á cruzar el caso infortunado,
Única nave que dejó su estela
Indeleble, luciente,
Sobre el obscuro mar de mi pasado.

II

Cuando cierro los ojos ahuyentando
Pensamientos é imágenes sombrías,
Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
Para que se perfume mi existencia
Con la divina esencia
Que exhalan hoy mis juveniles días,
Miro á través de la dorada gasa
Del sueño, los diversos,
Pobres lugares do mi infancia pasa :
Aquel rincón del patio de mi casa
Donde compuse mis primeros versos;
Aquella biblioteca osbcura y fría
Tapizada de viejos pergaminos,
En donde yo leía
Los libros peregrinos
Que exaltaron mi loca fantasía;
La ventana ruinosa
Do mi primera novia me besaba,
La iglesia de mi barrio, silenciosa,
Triste, churrigueresca,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas,
Y sus torres hermosas

Recortando, pesadas y angulosas,
El transparente azul de las alturas!

III

Después.... la mente mía
Cual corcel hostigado en su carrera,
Se exalta, se aligera,
Y me conduce á sitios encantados
Donde pasó mi juventud primera.
Aulas llenas de luz : allí los rayos
De un espléndido sol, limpio y sereno,
Brillaban indecisos,
Ora sobre los rizos
De cabezas alegres, soñadoras,
Atentas á la altura
En que el maestro reposado y grave
Hablaba con mesura;
Ora por los rincones
Iluminando solitarios bancos,
Ó ya sobre los negros pizarrones
Llenos de líneas y guarismos blancos.
¡ Patios extensos, amplios corredores
De mi querida escuela,
Cuál se refresca la memoria mía
Cuando á vosotros anhelante vuela!
Y cuál mi fantasía
Rompiendo el triste, tenebroso seno,
Que ocultaba sus galas,
En vuestro ambiente, lleno
De luz y poesía
Sacude, alegre, las inquietas alas !

IV

Por fin, ya estás aquí, calle tortuosa,
Estrecha, solitaria;
Ni un detalle he perdido; la medrosa
Larga fachada de color obscuro,
Frente á la tapia donde cada piedra
Desmoronada, decoraba el muro
Con un penacho de frondosa hiedra :
La forma caprichosa
De dos columnas de labrado rudo,
En cuya base jónica, reposa
El tosco cuadro del antiguo escudo;
Y luego, aquella reja
De hierro ennegrecido
En la que alguien parece que se queja
De mi culpable olvido !
¡ Ah ! qué mucho que siempre que os recuerde
Fachada, tapia, reja, hiedra verde,
Llore por mi abandono y por mi ausencia,
Si en vuestra calle, lóbrega y sombría,
La más pura ilusión de mi existencia
Se ha quedado llorando todavía !

CANTO SEGUNDO

I

Yo estaba enamorado : ¡ quién no siente
Arder á los quince años esa llama :
La edad, en que se piensa en ser valiente,
En que se sueñan lauros en la frente,

Y de un sainete vil, se forja un drama ?
La edad en que queremos como sabios,
Penetrar los arcanos de la ciencia,
Que alcen un himno á la virtud los labios,
Ser de los vicios el eterno azote,
É ir por el mundo desfaciendo agravios
Con las débiles armas del Quijote !

II

Así nació mi amor : en una tarde
Pasaba con mi libro bajo el brazo
Por esa calle, y en la reja aquella
Ví por primera vez, gentil y pura,
La niña de mis sueños de ventura,
Pálida, triste, pudorosa, bella.
Sobre el ancho sillón, las amarillas
Manos cruzadas en el blando pecho,
Allí tendida, inerte,
Sintiendo resbalar por sus mejillas
Las sombras de la muerte;
Allí, como en un lecho;
La cabeza inclinada
Como una flor tronchada;
Con los ojos cerrados, el cabello
Desordenado en su revuelto giro,
Y en el delgado y transparente cuello
Contenido un sollozo ó un suspiro.
Como un nimbo de luz, un fino encaje,
Movido á veces por su aliento flébil,
Ornando su cabeza,

Y envuelto en blanco y vaporoso traje
El cuerpecito enflaquecido y débil.

III

Pasé, volví á pasar, y me detuve
Frente á aquella visión; sentí que el alma
Se postraba de hinojos,
Cuando ví que sus párpados se abrían
Y abrasadores rayos desprendían
Los profundos abismos de sus ojos.

IV

Y el sol, que se escondía
Entre las nubes de color sangriento;
La luna, sin fulgor, que aparecía
Sobre el obscuro azul del firmamento;
Una estrella que erraba
Brillando en los lejanos horizontes,
En el espeso velo
En que ya la silueta de los montes
Va cortando los términos del cielo;
La nieve del volcán, resplandeciente,
Enrojecida por el sol poniente,
Y hasta un granado que en la tapia asoma
Su rama más florida,
Hablaron de calor, de luz, de aroma,
De juventud, de porvenir, de vida.

V

¡Qué contraste, Dios mío!
¡Qué mirada tan honda de tristeza
Te dirigió la niña moribunda,
Madre Naturaleza!
Yo ante dolor tan vivo,
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
Me retiré callado y pensativo...
Y así nació mi amor, aquella tarde!...

VI

... Después de mis faenas
Estudiantiles, iba apresurado
Sintiendo con vigor inusitado
Correr la sangre ardiente por mis venas:
Pasaba, como siempre, cabizbajo,
Tímido, palpitante,
Siquiera fuese por mirar su sombra,
El divino perfil de su semblante,
Ó escuchar en un éxtasis amante
El rumor de sus pasos por la alfombra.

VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,
Fijar en mí sus ojos,
Y aparecer en su mejilla pálida
Misteriosos y púdicos sonrojos!
Creí que nuestras almas se mandaban

Algo como un saludo,
Y en tristes confidencias entablaban
Algún diálogo mudo.
¿Fué cierto?... No lo sé; nunca he podido
Descifrar el misterio,
Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,
Y ella... en el cementerio!
En mi ánimo abatido
Yo sólo sé que duerme desde entonces
La fe con que una vez osaba amarla,
Cual la chispa en el seno de los bronces
Mientras no viene el golpe á despertarla.

VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante
No pudo contener, porque era estrecho,
Todas las ilusiones que brotaron
Del solitario fondo de mi pecho.
Al canto de mi amor, como gemidos
De la suprema angustia,
Respondieron los últimos crujidos
De mi lámpara mustia;
El Invierno, otra vez, á los cristales
De mi ventana en que se mira un cielo
Pavoroso y sombrío,
Fué á llamar con sus lágrimas de hielo
Como cuajadas gotas de rocío.
De mi alcoba salí, dejando el sueño;
Crucé las calles tristes y desiertas,
Llegué á la casa de mi amado dueño,
Y allí detuve el paso

Frente á esa línea de fulgor escaso
Que lanzan las maderas entreabiertas.
Mi romántico ensueño,
¿Dónde vagaba en tan solemne hora?
Tal vez me parecía
Que yo era el Trovador de esa Leonora.
Ignoraba su nombre, y no os asombre
Que así tuviera la razón perdida,
Pues los tristes delirios de mi vida
Nunca han tenido nombre.
Me oculté en un rincón de la fachada;
¡Ni una luz; ni un rumor!... Todo dormía,
Sólo mi alegre corazón latía...
Entre las rotas nubes
Un astro nada más resplandecía;
¡De qué grata ternura
Se llenó aquella noche
Mi alma, en el centro de su fe, segura!

IX

Entretanto, mi pálida... ¿dormía?
¿En mí soñaba acaso? ó reclinada
En el borde del lecho,
Sintiendo estaba lo que yo sentía
Allá... en el fondo de mi cuarto estrecho?
¡Ah! si estaba despierta,
Vago presentimiento
De que yo estaba ahí, frente á su puerta,
¿No la haría temblar por un momento?...
Trémulo me acerqué, y en el exceso
De mi cariño puro,

Imprimí largo beso
En el pesado y carcomido muro;
En voz baja le hablé de mis amores,
En voz baja también canté mis penas,
Cual cantaban antiguos trovadores
En dulce mandolín sus cantilenas.
Mi arpa era el viento, cuya voz eólica
En la frondosa rama del granado
Vibraba melancólica;
Con dulce acento entre la verde yedra,
Ó grave y triste como voz lejana
Entre los rotos ángulos de piedra
Ó el hierro sin color de la ventana.
Cuando alcé la mirada al firmamento
Y ví la estrella huérfana y tranquila,
Lanzándome el reflejo macilento
De su inmóvil pupila,
Me pareció que acompañaba al viento
Y que en aquella noche, breve y grata,
Entonaba también mi serenata.

CANTO TERCERO

I

¡Nueve tardes sin verla; nueve días
Sin sol, sin luz, sin galas;
Todas mis alegrías
Sin fuerzas ya para tender las alas!
Mi espíritu cansado
Y el horizonte de mi amor, velado.
¡Largas horas, que envueltas

En el manto de sombras del crepúsculo,
Visteis mi angustia horrible,
Sin que mi labio prorrumpiera un grito,
Y me visteis inmóvil, pareciendo
Quizá tan insensible
Como aquellas columnas de granito;
Si cruzasteis el mundo,
Horas que el aura de la noche besa,
En vuestro tardo paso
No encontasteis, acaso,
Un dolor más profundo,
Más inquietud, más pena, más tristeza!...

II

Aquella noche, llena
De reflejos purísimos, traía
Ese silencio sepulcral que asombra;
Recortaba con bordes luminosos
Los obscuros contornos de la sombra;
Dibujaba en el muro
Fantásticas siluetas,
Y hacía arder su resplandor más puro
Entre las verdes grietas!
Yo la miré en la calle
Tender sobre el quebrado pavimento
Su luz, como blanquísimo sudario,
Prendiendo, aterradora cual ninguna,
El amarillo disco de la luna
En la elevada cruz del campanario.

III

Y corrieron las horas, y me hallaron
En la misma actitud, mudo y sombrío;
El alma estremeciéndose de pena,
Y el cuerpo estremeciéndose de frío...
¡Qué batalla tan ruda
Libraron en mí mismo,
La esperanza, el temor, la fe y la duda!
Como bíblicos ángeles
Lucharon sobre el puente del abismo!
Me decidí por fin; hoy que me acuerdo
Mi decisión me pasma;
Crucé á lo largo de la tapia vieja,
Y, ebrio por el dolor, como un fantasma
Me detuve en la reja...
En tan triste momento
Quiso también acompañarme el viento;
Gimió en los hierros, empujó la puerta,
Iluminóse la ventana abierta,
Y por aquella parte luminosa
El confuso rumor de una plegaria
Fué rodando, rodando hasta perderse
Por la calle torcida, tenebrosa,
Estrecha, interminable, solitaria...

IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo
Impresiones primeras;
El crujir de las ceras,
De multitud de flores la fragancia,

Y algunos rostros lívidos
Llorando en los rincones de la estancia.
Y blanca, entre las ceras y las flores,
Por un velo cubierta,
Allí estaba el amor de mis amores!
Allí estaba la muerta!
Me acerqué paso á paso
Con la alma estremecida,
Pues que aquel era el delicado vaso
Que contuvo la esencia de su vida.
Y levanté ese velo,
Y á la rojiza llama de los cirios
Ví aquella faz serena,
De luz, de gloria y de ternura llena!
Ví aquellas amarillas
Manos, cruzadas sobre el blando pecho;
Allí tendida, inerte,
Ya marchitas del todo sus mejillas,
Ya envuelta por las sombras de la muerte.
Tomé una de esas manos, seca y fría,
Y la estreché, temblando, con la mía;
Y aquel diálogo mudo
Que interrumpió el dolor y el alma hospeda,
Como á rayo de luz seco follaje,
Concluyó con el último saludo
De un espíritu triste que se queda
Y otro que emprende el misterioso viaje.
No gemí; no lloré; yo era la nube
Que en tempestuoso cielo se pasea,
Bañada en agua por el éter sube
Y al no poder llover relampaguea!...

SIEBEL

A Manuel Gutiérrez Nájera.

Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro corre ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre los pájaros que aletean,

Sobre las hojas de la retama,
Y va cayendo, de rama en rama,
Entre los pinos que cabecean.

Y mientras Fausto, con sus dolores,
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores,
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita!

Á SOLAS

Á Ignacio Ojeda Verduzco.

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
Guardo en el fondo de mi baúl:
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.
La abro ¿qué tiene?... Hojas de rosas,
Secas reliquias de un viejo amor,
Alas sin polvo, de mariposas,
Mirtos, gardenias y tuberosas;
¡Muchos recuerdos en cada flor!

El amuleto que ató á mi cuello
Mi santa madre cuando marché;
El blondo rizo de aquel cabello
Que tantas veces acaricié.
¡Cómo me alegra la fecha escrita
En esta opaca cruz de marfil!
¡Ah, virgen mía, mi virgencita,
Aquí conservo la margarita
Que deshojaste pensando en mí!

¡Cuántos recuerdos de lo pasado!
¡Cuántas escenas miro volver!
Me siento joven y enamorado,
Feliz y bueno como era ayer.
Veo mis bosques y mis colinas,
Mi triste pueblo, mi pobre hogar,
Y hasta el enjambre de golondrinas
Que hizo sus nidos en las ruinas
De la parroquia de mi lugar!

Si alguna oculta pena me agobia
Leo las cartas que guardo allí;
Las de mi madre, las de mi novia;
Dos almas buenas que ya perdí.
Sus torpes lazos mi fe desata,
Y entonces oigo — ¡dulce ilusión!
Cantos de ángel, música grata,
Suaves preludios de serenata,
Ruido de alas en mi balcón!

Mientras su duro rigor no ablande
La suerte impía, negra y fatal,
Yo no conozco dicha más grande
Que la que siento con recordar.
Ser consolado: ¡qué gran anhelo!
Entre tinieblas soñar con luz,
Pisar abrojos y ver el cielo,
Sentir dolores y hallar consuelo
En las memorias de juventud!

Están ya secas las tuberosas
Como está seco mi corazón,
Y desteñidas las mariposas

Como las alas de la ilusión.
Y sin embargo, sonrío y lloro
Si miro el fondo de mi baúl,
Y allí contemplo mi gran tesoro :
Una cajita color de oro
Que ata un brillante listón azul.

ÍNTIMA

¡ Qué cansancio ! Ni gozo, ni padezco :
entre el hoy y mañana
siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida.
Yo camino al azar, sin rumbo fijo
muevo la torpe planta,
apoyado en las musas invisibles
que me guían calladas.
Yo vivo en un crepúsculo siniestro
de claridades vagas,
pues ni la noche se deshace en sombras,
ni el día se adelanta.
¿ Lo presente ?... Ni dudas, ni deseos,
ni temores, ni ansias;
siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida.
¿ Lo porvenir ? ¡ Quién sabe ! El abandono,
las tinieblas, la nada;
parece que la mano del destino
de impulsarme se cansa.
¿ Lo pasado ?... No puedo hacer el viaje :
¡ si mi abatida alma

ya no puede volver á lo pasado
porque le faltan alas!
Yo sólo sé que tuve de la vida
las corrientes en calma;
que vino la tormenta, subió el cieno,
y ennegreció las aguas.
Yo sólo sé que tuve sueños de oro
entre visiones blancas,
Y que sentí las tristes alegrías
de los seres que aman.
Sé que todo ha pasado, el dulce instante
como la hora amarga:
que no me empapo en el horror sublime
de las escenas trágicas;
que no se acerca una mujer hermosa
para decirme: ¡canta!
Que ya no me parece la existencia
ni leve ni pesada;
que si en el libro de la vida leo
Gloria, Amor, Esperanza,
me digo como Hamlet, el sombrío:
bah! palabras, palabras!
Que veo, sin placeres, ni dolores,
ni sonrisas, ni lágrimas,
¡siempre un mismo horizonte en una misma
senda sin fin y árida!

¡LLUEVE!

CROQUIS EXTRAVAGANTE

Á Juan Gamboa Guzmán.

I

El crepúsculo fué breve:
Los aires se enrojecieron
Y las ánforas de nieve
De los volcanes, ardieron.
Se vió flotar un celaje
Entre el rojo y el violeta
Del cielo, como un encaje
Prendido de una paleta.
Se hundió el Sol; y en una alfombra
De púrpura desteñida
Luchó con la luz la sombra,
Y la luz quedó vencida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Su pálida luz refleja
En las ruinas del muro

La luna, que se asemeja
En el firmamento obscuro
Donde no hay un solo astro
Que cintile como un broche,
A un esmalte de alabastro
En el ónix de la noche.
Los árboles se doblegan,
Las luces se desvanecen,
Y las sombras se despliegan,
Y las almas se entristecen !.....

III

Sobre los rústicos techos
De las cabañas, se enciende
Fugitiva luz; á trechos
Con raro fulgor esplende
La negra cinta del río
Que cruza cantando el monte,
Cuando en el azul sombrío
Del fondo del horizonte,
El relámpago desata
Su ala inmensa, que parece
Una lámina de plata
Que brilla y se desvanece.

IV

¡ Llueve ! A instantes truena y luce
Rayo que alumbra y aterra :
Llueve ! Y el agua produce
Al caer sobre la tierra

Monótono y elegiaco
Rumor. El confín distante
Parece un cristal opaco
Rayado por un diamante.
Y aquí, sobre mi ventana
Se mece la enredadera
Y la lluvia se desgrana
Al chocar en la vidriera.

V

¡ Qué rumores se levantan
Y oigo desde mi aposento
Como de cuerdas que cantan
Y se rompen en el viento !
En los aires centellean
Hilos de luz, y contemplo
Cómo saltan y chispean
En la cúpula del templo.
¡ Oh contraste que avasalla
Lo vulgar y lo sublime !
Aquí dentro todo calla;
Allá fuera todo gime.

VI

Allá..... la noche profunda,
La tormenta embravecida,
El combate, la fecunda
Palpitación de la vida.
Allá..... la Naturaleza,
Y la lucha y el rüido,

Y aquí dentro, la tristeza,
La soledad, el olvido.
Aquí el humilde aposento
Donde se entrega al reposo
Mi cansado pensamiento;
Amarillo y tembloroso
Brilla en la sombra confusa
El fulgor de mi bujía.
¡Eh?... ¿quién llama? — Yo, la Musa. —
— Entra, pobrecita mía!
¡Cómo alumbran tus destellos
Este hogar obscuro y frío!.....
¡Cómo tienes los cabellos
Empapados de rocío!

VII

¡Oh mi amor! En la ventana
Aun la lluvia se desgrana;
Deja que tus alas pliegue;
No te vayas! Y mañana
Te irás en la luz que llegue!

¡SOLA!

A Eduardo Velázquez.

¿A qué negarlo más? Nueva Graziella
por un ausente bardo estás de duelo;
sólo su amor te anima y te consuela,
y su amor, como todo lo que vuela,
huyó del nido y se perdió en el cielo!

Yo sé que tiembla el labio y te sonrojas
al recuerdo feliz de fausto día;
y que á veces, calmando tus congojas,
las blancas margaritas que deshojas
te dicen que te quiere todavía!

Sé que al morir la tarde, con inquieta
triste mirada el horizonte mides,
y en el delirio de pasión secreta
de la hermosa figura del poeta,
que se alza en el espacio, te despides.

Sé que en las largas noches, cuando el pecho
una horrible catástrofe presiente,

sin rencores, sin odio, sin despecho,
te arrodillas, llorando, sobre el lecho
para rogar á Dios por el ausente.

Sé que hay un talismán que guarda esos
tesoros de ternura en los amores;
que lo abres sé, llegando en tus excesos
á creer que el perfume de los besos
aun vago queda en las marchitas flores.

¿A qué negarlo más? te hablo al oído:
cuando te miro así, la dicha pierdo,
yo también, como tú, nunca he podido
empapar en las aguas del olvido
el ropaje de luz de mi recuerdo!

Las glorias del amor vuelan de prisa;
siempre hay una beldad llorando á un bardo;
Julieta que se queja con la brisa,
ó la nevada toca de Eloísa
sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

No puede reflejarse la esperanza
sobre tu nívea frente de camelia,
el amor es así: mal y asechanza;
que mientras Hamlet sueña en la venganza,
suspira y canta y enloquece Ofelia.

Llora tu pena, aguárdale entre tanto:
él volverá tal vez..... tu afán aquieta,
que más sentido y dulce será el canto
cuando caigan las gotas de tu llanto
sobre la lira de oro del poeta.

MIS NOCHES

I

¿Cómo eran? Azules y tibias;
Transparentes, profundas, calladas;
En el fondo del cielo sin nubes
Una lluvia de puntos de plata.
Mucha luz en el amplio horizonte;
Como esmalte turquí las montañas;
Esplendores de nieve en los campos,
Y en las selvas penumbras lejanas;
En los nidos, las aves dormidas,
En mi mano los « Cuentos de Hadas »,
En las flores abiertas, perfumes,
Y la alegre inocencia en mi alma.
Así fueron mis noches de niño;
Así eran mis sueños de infancia,
Y así son las memorias que guardo,
Frescas, puras, radiantes y blancas.

II

¡Plenilunio!.... En un cielo tranquilo,
Trasponiendo montañas sombrías,

Como pálida esfera de oro,
Lentamente la luna ascendía.
¡Qué contraste de luces y sombras!
La ciudad ¡qué callada! ¡Qué limpias
En la bóveda azul las estrellas
Cual brillante reguero de chispas!
Las ventanas rompiendo las sombras
De los muros, con manchas rojizas;
En el viento, confusos rumores,
Misterioso fulgor en las ruinas.
A lo lejos bañada de luna,
Esplendente la selva vecina;
Y los pinos, cual seres insomnes,
Agitando sus copas erguidas.
¿Dónde voy? Voy á ver á mi novia,
La que espera, temblando, la cita;
A besar unos ojos azules,
A escuchar confidencias de niña.
Voy á ver si es posible que huyan
Estas ansias inquietas de dicha;
A sentir el amor casto y puro
De una alma inocente y sencilla.
Y ¿qué espero, leyendo, en la estancia
Al fulgor de la triste bujía
Entretanto que en luz argentada
El abierto balcón se ilumina?
¡Ah! Dejadme; que espero á la Musa,
La que pone en mis manos la lira;
Me da un beso en la frente, y me dice
Que me ama, que cante, que es mía.
¡Oh Musset, oh Musset, oh poeta!
Tus sublimes estrofas me animan;

¡Quiero hundir mis rebeldes dolores
En el mar de tu gran poesía!...
¿Dónde estoy?... En los brazos de Venus,
Cual Tannhäuser, gastando la vida,
Estoy viendo flotar cabelleras
Y cubrir desnudeces olímpicas
Bebo el néctar en labios quemantes,
Y soñando imposibles caricias,
Atraviesa la sombra de Byron
Por la escena vulgar de la orgía...
Así fueron mis noches de joven,
Muy ardientes y muy intranquilas;
Soñador incansable, yo tuve
Para el sueño, una sed infinita.
Y así son los recuerdos que guardo,
Como flores que no se marchitan;
Indecisos, confusos, flotantes,
Pero llenos de luz y de vida.

III

Ya llegaron las negras, las tristes,
Las que hojas y flores arrancan;
Las que tienen por sola blancura
Las estrellas, la nieve, la escarcha.
Pero ¡ay! las estrellas son pocas
Y cintilan muy altas, muy altas,
Y la nieve se tiende en los campos,
Y los vientos desnudan las ramas;
Ya no hay flores ni cielos radiasos,
Ya no hay novias, ya no hay esperanzas,
Ni los bosques perfuman el aire,

Ni los sueños alumbran el alma.
Me despido por siempre, ¡oh mis noches!
Las azules, las tibias, las blancas,
Plenilunios hermosos que ardían
En regueros de puntos de plata.
Adiós, pues, á la niña inocente;
Al amor, á la dicha que pasa,
A la Musa, á la estrofa encendida,
Al deseo, al dolor, á las lágrimas.
Nada queda; llevadme al Olvido
A que espere la noche más larga;
La tranquila, la dulce, la buena,
¡La del sueño que nunca se acaba!

AL DANTE

Padre, dices verdad; la selva obscura
no tiene ya camino conocido;
en su lóbrego seno estoy perdido
y amurallado y preso en su espesura.

La antorcha de la fe, radiante y pura,
al viento de los años se ha extinguido,
y entre la sombra voy, solo y rendido
con mi pesada carga de amargura.

Si aquí has visto flotar la reluciente
túnica de Beatriz, y aquí tuviste
la sombra de un laurel sobre tu frente,

apiádate, maestro, del que existe
sin gloria y sin amor, y cual tú, siente
ensangrentado el pie y el alma triste!

AVES

Á Jesús E. Valenzuela.

¡Niñez! qué hondo recuerdo arrancas!
Era un alero mi corazón,
poblado siempre de aves blancas
cuando en mi cielo nacía el sol.
Exuberancias, vida, firmeza,
todo lo trajo la juventud;
¡ay! pero huyeron de su belleza
las blancas aves de la pureza
como espantadas de tanta luz!

Y fué más tarde, de aromas suaves,
árbol umbroso mi corazón,
donde cantaban azules aves
cuando en mi cielo subía el sol.
El sol se puso; vino la obscura
y eterna noche de mi dolor,
y se perdieron en la espesura
las armonías de mi ventura,
aves azules de la ilusión!

¡Sol de mi cielo, ya no me alegras!
Es templo en ruinas mi corazón,
lúgubre nido de aves negras
entre la sombra de mi dolor.
Un misterioso rayo de luna,
pálido y débil hilo de luz,
esta tiniebla sólo importuna:
¡Qué no se apague!..... es mi fortuna,
es un recuerdo de juventud.

¡Oh tiempo! Dejo las puertas francas;
veloz penetra, que si es verdad
que todo arruinas, que todo arrancas,
cual las azules, como las blancas,
las aves negras te llevarás.

REDENCIÓN

Te quiero porque en tu alma vive el germen
De ternura infinita,
Como diáfana gota de rocío
Sobre una flor marchita;

Te quiero porque he visto doblegarse
Tu espléndida cabeza;
Porque sé bien que en medio de la orgía
Te invade la tristeza;

Porque has pasado por la senda estrecha
En los grandes zarzales de la vida,
Sin desgarrar tus blancas vestiduras,
Sin hacerte una herida;

Porque has ido pidiendo por el mundo,
Con el candor de un niño,
A cada corazón á que has tocado,
Un poco de cariño;

Porque indica profundo sufrimiento
Tu pálida mejilla;

Porque en tus ojos que el placer irradian
También el llanto brilla.

Te quiero; nada importa que cansado
Tu espíritu se aduerma;
Yo lo habré de animar, yo daré aliento
A tu esperanza enferma.

¡Mariposa que fuiste entre las flores
Dejando tus bellezas y tus galas,
Yo volveré á poner el polvo de oro
Sobre tus leves alas!

DE PROFUNDIS

Soy un ave caída en los inmundos
fangos del mal desde las altas frondas,
llevo en el alma abismos muy profundos
y tristezas muy hondas.
He bajado á las simas y mansiones
obscuras del dolor; desde temprano
contemplé las horribles convulsiones
del sufrimiento humano.
Voy por la senda del pesar eterno
sin amor, sin apoyo y sin auxilio;
no tengo, como el Dante, en este infierno
ni Beatriz, ni lauro, ni Virgilio!

Al llegar á los negros precipicios,
mis sueños se espantaron,
y, cual nocturnos pájaros, los vicios
en mi pálida frente aletearon.
Borré del pensamiento la confusa
idea de bondad que me aturdía,
y adorné los cabellos de mi musa
con las flores deshechas
y empapadas en vino de la orgía.

¿El culpable soy yo? ¿Será el Acaso?.....
Yo estaba en el dintel del Paraíso;
amé, creí, lloré, detuve el paso,
el sol de mi esperanza halló su Ocaso
y la noche se hizo!

Y no estoy solo! Te amo, te deseo
melancólica y dulce poesía;
claridad de mi espíritu, te veo;
y te puedo decir lo que decía
Julieta enamorada de Romeo:
« no te vayas, no es tiempo todavía! »

INVERNAL

Está gimiendo el aire; no te asomes,
Es que llega el invierno;
El opaco cristal de la ventana
Se estremece por eso.
No te asomes; están todos los campos
Por la nieve cubiertos;
Los árboles desnudos se dibujan
Sobre el brumoso cielo.
La tarde va á morir; están las ramas
Temblando por el cierzo,
Las hojas sepultadas en la nieve
Y los nidos desiertos...
Por más que tengas fijas las pupilas
En el recto sendero,
No has de ver caminantes que se acerquen
Como unos puntos negros.
Ven, abrázame, inclina tu cabeza
Sobre mi amante pecho;
Cierra los ojos, piensa en mi cariño
Y después... dame un beso.
El oro de tus trenzas enrojece
El crepitante fuego

Del tronco, que en la blanca chimenea
Arde, y finge un incendio.
En la caliente alcoba nos espera
El ángel de los sueños;
En el campo se tiende la tristeza,
Y la dicha aquí dentro...

* * *

Cuando pasen los años, y te halles
Sola en este aposento,
Y tu espíritu triste esté de luto,
Y de luto tu cuerpo;
Cuando estés abstraída, y silenciosa,
Y llena de recuerdos;
Para decirlo todo en una frase:
Cuando yo me haya muerto,
Si llega, como hoy, tan melancólico
El aterido invierno,
Abre violenta la ventana, y mira
El campo, el monte, el cielo.
Reza por mí; recuerda que tú eras
El culto de mi pecho,
Y lámpara encendida ante tus gracias
Era mi pensamiento.
Verás entonces en la espesa niebla
La cruz de un cementerio;
Te fingirás que viene un caminante
Por el recto sendero;
Dirás que es un sudario desgarrado
La alfombra de los hielos;

Sabrás porqué la rama está desnuda
Y los nidos desiertos:
Has de oir el rumor de la amarilla
Hoja, que arrastra el viento,
Como el preludio lúgubre y vibrante,
De un órgano en el templo...
Entonces, dulce nombre de mi dicha,
Como solo consuelo,
Una voz de ultratumba ha de llamarte,
De lejos, de muy lejos,
Y has de sentir, alzando en tu memoria
Las dichas de este tiempo,
Sobre tu frente helada y pensativa
El calor de mis besos!

SUB TERRA

Cuando yo muera, que cubran
con mis cantares el féretro,
que pongan por almohada
mis coronas y mis versos;
quiero llevarme conmigo
á la sombra y al misterio
todo lo que en este mundo
brotó de mi pensamiento.
Que me lleven mis amigos,
sin lágrimas y en silencio,
al rincón más solitario
del sombrío cementerio.
Que vean que cave honda
la fosa el sepulturero;
donde no sea posible
que llegue á turbarme un eco.
Que allí me dejen, que olviden
mi paso por este suelo,
ó que, si se acuerdan, digan:
sufrió mucho, pero ha muerto.
Y yo, dormiré entretanto;
soñando, si acaso sueño,

con mis desdichas postreras,
con mis amores primeros,
con las tardes del Otoño
y las noches del Invierno,
en que, llegando á mi puerta
la Musa, tocaba quedo,
se iluminaban de pronto
las sombras de mi aposento,
crujía mi negra lámpara,
lanzaba quejas el cierzo,
yo deshojaba tranquilo
las flores de mis recuerdos,
y Ella, tomando mi frente
que sellaba con un beso,
las blancas alas abría
para remontarme al cielo!
Y como estará cercado
con mis cantares el féretro,
tal vez bese mis coronas,
quizá recite mis versos;
y si entonces toma forma
lo que quedó en el cerebro,
cual después de los festines
en la copa quedan luego
las rojas heces del vino,
y aun se agita el pensamiento,
yo os juro que algunos años
después del triste suceso,
han de brotar de mi tumba,
hechos flores, cantos nuevos!

PERLAS

Á Ignacio M. Luchichi.

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja á veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y en cada uno de mis versos
viven, con vida siniestra,
mis deseos, mis temores,
mis dudas y mis creencias.
¡Qué mucho que yo los ame!
¡Qué mucho que yo los lea,
si son hojas arrancadas
al libro de mi existencia!
Cuando en mi obscura memoria
la frase brillando queda,
como en un jirón de nube
el reflejo de una estrella,
es porque bajó tan hondo

la inspiración á cogerla,
que en esa frase palpita
el corazón del poeta.
Siempre que á soñar me pongo
encantadoras quimeras,
imposibles ideales,
seres de extraña belleza
que habitan en luminosas
arquitecturas aéreas;
formas que flotan aisladas,
y diáfanas, y serenas,
como los ángeles blancos
de la Divina Comedia,
la realidad de la vida,
inflexible, me despierta,
y quedo confuso y triste
sintiendo angustias supremas,
como esas aves que huyen
en busca de primavera
y en alta mar las sorprende
el furor de la tormenta.
Entonces escribo, escribo
con una ternura inmensa,
que sólo cuando hago versos
el alma llora y se queja,
y la inspiración se hunde
en el mar de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.
Y sin embargo, en el fondo,
cuántos dolores se quedan
sin expresión, tan intensos

que no caben en la idea,
porque son, deseos vagos,
aspiraciones inmensas,
alas que exploran espacios,
sueños de cosas eternas,
nostalgias de extraños mundos,
citas de lo que no llega...
La inspiración es un buzo
que no ha pescado esas perlas!

EVOCACIÓN

Hay un papel entre mis versos, mudo
cómplice del recuerdo que me exalta;
lo abro temblando, á la memoria ayudo,
y en el silencio de mi hogar desnudo
me pongo á meditar sobre tu falta.

Mi espíritu despierto emprende el viaje,
y libre del afán que lo consume,
vuela al pasado para ver tu traje
besar su falda de crujiente encaje
y embriagarse otra vez con su perfume.

El labio tiembla entonces y te nombra,
y vuelvo á verme en la risueña estancia;
las cortinas de tul, la roja alfombra,
y derramando entre la grata sombra,
mi regalo de flores su fragancia.

El piano abierto; en el atril alguna
romanza que cantaste en la mañana;
el tibio ambiente que á la luz se aduna,
y el temblоroso rayo de la luna
prendido en el cristal de la ventana.

¡ Qué viento de armonías celestiales,
de músicas y besos, suena en torno?
De mi lámpara, en grupos desiguales,
asciende el humo en blancas espirales
y dibuja en la sombra tu contorno.

Allí estás, sueño mío ! No te escondas
que ya mis ilusiones vuelan francas,
del pecho surgen en lumíneas ondas
tal como surgen de las verdes frondas
ebrias de miel las mariposas blancas !....

No te escondas, que ya mis alegrías
son flores que abren el marchito broche;
derrama luz sobre las sombras mías,
y déjame decir como Tobías :
hay un ángel en medio de mi noche !

ENTRA, RAYO DE LUNA...

Entra, rayo de luna, bien venido,
hace ya mucho tiempo que me faltas,
dejé abierto el balcón y sólo entraron
las sombras en mi estancia.

¡Oh ingrato compañero! Eres el mismo,
la transparente ráfaga,
la hermosa cinta de fulgor que tiene
el amarillo diáfano del ámbar.

Entra, ya no está aquí, ya no has de verla,
ya no sorprendes nada,
ya no eres indiscreto, aun cuando arrojes
sobre el lecho nupcial tu luz de nácar.

Derrámate en la alfombra cual si fueras
una lluvia de escarcha;
préndete en el obscuro cortinaje
y finge un chal de plata.

¿Ves?... Todo está polvoso y descuidado;
esta tristeza espanta...!
se columpia en la clave ennegrecida
sin pájaros la jaula.

¿Ves? Sobre el tosco barandal enreda
sus marchitos estambres la campánula,
y está el rosal sin flor, ajado el lirio,
y seca la albahaca.

¡Celestial indiscreto! Yo te amo;
ella también te amaba,
¡quebraste tantas veces tus reflejos
sobre su frente pensativa y casta!

Entra, ya no está aquí la niña rubia,
la soñadora pálida
que viendo tus cambiantes me decía:
es la risa de Dios en nuestra casa.

¡Oh ingrato compañero! Ya no estamos
más que tú y yo en la estancia!
pero si quieres verla... bien venido,
¡celestial indiscreto! entra en mi alma.

SUICIDA...

... Tuve un acceso de dolor; el llanto
se cuajó en mis pupilas, quedé mudo :
inmóvil cual la fría
estatua de un sepulcro;
Sentí no sé que vértigo sombrío
que estremeció mi espíritu, y al punto
se hundió mi pensamiento
en un abismo obscuro.

Miré desde el umbral la alcoba : en ella
se dibujaba con los rayos últimos
del sol enrojecido
el tapizado muro.
Por la ventana abierta que era un marco
de luces y fulgores de crepúsculo,
el cielo sonreía
transparente y profundo.
Rodaban por la alfombra algunas flores
mustias y desprendidas de los búcaros....
estaba un libro abierto
en la mesa de estudio.
Y en el ángulo, lleno de tinieblas,
al fulgor azulado y moribundo

de lámpara colgante que arrojaba
espirales de humo,
ví destacarse los contornos rígidos
del blanco lecho, en el rincón obscuro,
como el ampo sin mancha de la nieve
entre la bruma oculto.

Allí estaba la hermosa, inerte, exangüe,
pálida, cual Julieta sobre el túmulo;
hundidos en las ondas
de su cabello rubio,
el rostro de perfiles delicados
y las líneas purísimas del busto;
envuelto en una túnica
alba, de pliegues duros,
el cuerpo inanimado que arrojaba
su proyección medrosa sobre el muro;
fuera del lecho, un brazo
que caía desnudo....

Del trágico desorden de la alcoba
distinguir pude los detalles últimos :
entre dos flores secas
una esquela de luto,
arriba, entre la luz, un crucifijo,
y en medio de este lúgubre conjunto;
palpitación de sombras, aleteos
misteriosos y mudos....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

FLOR DE INVIERNO

¡ Calla ! No es la verdad, deja que acabe
mi triste vida, sola, como empieza;
tú misma me amarás; el alma sabe
que ya en tu inmenso corazón no cabe
otra nueva pasión ni otra tristeza.

Conozco las escenas de tu drama;
he sorprendido el doloroso enredo;
sé que hubo un soplo que apagó la llama,
y hoy que mi juventud te grita : ¡ ama !
tu corazón responde : ya no puedo.

¡ Calla ! No es la verdad; está cerrado
el templo del amor; sólo despojos
en el desierto altar has conservado,
y el doliente fantasma del pasado
es la visión perpetua de tus ojos.

No hay expresión que conmoverte pueda;
no me digas que crees... ¡ calla...! ¡ calla !
Quedó en tu espíritu la fe, cual queda
la espada rota que en la lucha rueda
sobre el sangriento campo de batalla.

Mas déjame á tu lado : me fascinas,
me haces soñar, me elevas y me asombras.
¡ Seré un rayo de luz en tus neblinas,
seré un festón de hiedra en tus ruinas,
seré un lucero pálido en tus sombras !

DESDE MI VENTANA

Á Felipe Villanueva.

¡ Qué triste es ese wals ! Suena lejano,
desfallecido, lento;
surge, fresco y sonoro, del piano
y derrama en la clámide del viento
sus notas de cristal vivas y aladas,
que llegan, como aves fatigadas,
en busca de un asilo á mi aposento.
La calle está desierta;
la luna blanca, y el ambiente puro,
dormida la ciudad, y en lo distante,
entre penumbras la ventana abierta,
como una mancha roja y fulgurante
en la medrosa obscuridad del muro.
Hay esplendores rápidos; chispea
en medio de las sombras misteriosas,
una línea de plata que blanquea
los inciertos contornos de las cosas.
En el confín remoto centellea
la cúpula del templo, erguida y alta,

y tras la curva rígida del monte
una serena claridad esmalta
la palidez azul del horizonte.
¡ Qué triste es ese wals ! Y con qué anhelo
escucho su cadencia fugitiva
mientras se pone mi alma pensativa
á contemplar el cielo.
Me hundo en un mar de sueños imposibles,
olvido el libro que en la mesa abierto
me convida al estudio,
y oigo armonías, dulces y aplacibles,
cual si tocasen arpas invisibles
un celestial preludio.
Besos que estallan y el aire espiran;
alas que tiemblan y el follaje rozan;
oid; son mis recuerdos que suspiran;
oid; son mis tristezas que sollozan.
Ese es el mismo wals que nos decía :
" El alma en primavera tiene efluvios
que no tornan, amaos todavía;
la dicha pasa y el dolor agobia"....
y yo besaba los cabellos rubios
y los ojos azules de mi novia....

OJOS TRISTES

¡Oh, tu mirada de pasión!... quién sabe
Qué misterios oculta! Ardiente y viva,
Un tinte de dolor pone en tu grave
Cabeza de Minerva pensativa.

¡Oh, tu mirada de pasión, tu triste
Mirada de mujer que ama y espera,
Y que el Otoño de la fe resiste
Como una última flor de primavera.

¡Oh, tu mirada de pasión contrista!
En tus obscuros ojos tiembla y brota
Como débil cambiante de amatista
En una estrella pálida y remota.

¡Oh, tu mirada de pasión!... ¿Qué esconde,
De resignado y dulce y afligido,
Que sólo deja ver el alma donde
Una inmensa piedad hace su nido?

El alma que en tus ojos resplandece,
Y tal ternura sobrehumana toma
Cuando me vé, que la inmortal, parece
Que á través de una lágrima se asoma.

¿Sabes por qué se asoma si la llamo?
Porque mi duda pertinaz se aduerma;
Y me dice: ¡oh incrédulo, te amo,
Pero ya ves, estoy triste y enferma!

¿Qué existencias lejanas en mí evocas?
¿Qué sueños nebulosos, entrevistos,
De altares áureos, de nevadas tocas.
Vírgenes castas y dolientes Cristos?

Recuerdo no sé qué vieja pintura
De cuyo fondo de ideal cristiano,
Surge la blanca y mística figura
Con el lirio simbólico en la mano.

¿En qué obscura y desierta galería
Vi esa mirada de pasión piadosa?
¿En qué semblante pálido lucía,
Extática, celeste y dolorosa?...

... No sé... Mírame más; á eso viniste,
De mis nublados sueños mensajera...
¡Oh, tu mirada de pasión, tu triste
Mirada de mujer, que ama y espera!...

EN PLENA NOCHE

A Margarita de la Peña.

I

Ya la noche su tienda de sombras
Lentamente prendió en las montañas;
Ya en los campos se cierran las flores;
Ya en los nidos se pliegan las alas.
Ya está todo callado. — El rocío
En los cálices tersos resbala,
Como en una mejilla de virgen
Silenciosas descienden las lágrimas:
Ya en la húmeda copa del árbol
Colgó el viento la eólica arpa;
Ya salió el leñador, de los bosques;
Ya no suenan las trompas de caza.
Algo queda de luz en Ocaso:
Un cendal transparente, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con granos de plata.
Pero pronto el fulgor de la tarde
En el negro oceano naufraga:
Ni una estrella cintila en el cielo,
Ni una antorcha en la tierra se alza.

II

¿Dónde vas, caminante sombrío,
Que así llevas desnuda la espada,
En el cinto el laúd, y en los hombros,
Como un manto flotante, la capa?
¿Te intimida el crujir de las mustias
Hojas secas que quiebra tu planta?
¿Te parecen los álamos negros
Que en las sombras se esfuman, fantasmas?
¿Tienes miedo?... ¿De qué? ¿Del pantano
Que recorren fatídicas llamas,
Fuegos fatuos que son en la sombra
Movedizas y cárdenas manchas?
¿Tienes miedo?... ¿De qué? ¿Del ruido
Melancólico y vago del agua
Que al caer en la roca, semeja
Misterioso rumor de palabras?...
No: tristeza, tristeza infinita
Es la que ora tu espíritu asalta,
Al mirar esta noche tan negra,
Tan medrosa, tan triste y tan larga!

III

¡Oh poeta! La noche es de ébano;
Mas la densa negrura abrillanta
Algo aéreo, sutil, fugitivo,
Como orlas de túnicas blancas;
Como bruma deshecha y flotante
Ó jirones de velos de gasa:
Son los dulces recuerdos, poeta,

Que atraviesan la noche del alma!
¡Ah! desprende el laúd de su cinto,
Y detén un instante la marcha:
Ya lo sé; tienes cita, es la hora,
Y Julieta ha tendido la escala;
Es muy tarde, el castillo está lejos;
Es muy tarde, tu novia te aguarda;
¿Pero no te conmueve esta sombra,
Este horrible silencio, esta calma?
¡Oh poeta! que vuelen los versos
En brillante y sonora parvada!
Piensa en todo lo grande, en tu anhelo,
En tu amor, en tus penas, y canta!

IV

Cuando hiere tu mano las cuerdas,
¡Qué armoniosos preludios arrancas!
El cristal de la estrofa se rompe
Al sentirse besado del aura!
Quizá llegue á chocar en los vidrios
De la estrecha y obscura ventana,
Esa nota doliente que lleva
Un suspiro y un beso á tu amada.
Mas... ¡qué oculto poder el del canto!
¿Por qué tiene tu voz esa magia?
¿De qué anciano hechicero aprendiste
Á evocar estos sueños que exaltan?...
Se ha encendido de pronto la selva:
Se ha llenado el ambiente de áurea
Claridad, y una red luminosa
Se ha tendido en el haz de las aguas.

Todo brilla en la obscura tiniebla;
Todo esplende; mirad en las ramas
Un puñado de insectos que brota
Como un roto collar de esmeraldas.
Se columpia en el negro follaje
Una flora luciente y extraña:
De alabastro los lirios; de púrpura
Las camelias; las rosas de nácar.
Tras el muro de encinas del bosque,
Desgarrando una nube, levanta
La mitad de su disco la luna
Que parece una rosa de plata.

V

Entretanto, las ninfas desnudas
En el lago tranquilo se bañan;
Y los gnomos las miran de lejos
Ensanchando sus ojos de llamas.
¡Allá van!... ¡Allá van!... perseguidas
De los silfos. ¿Las veis? Son las hadas:
En los juncos flexibles se posan,
Ó recorren la atmósfera diáfana.
¡Cómo van despertando los besos!
¡Cómo llenan el aire de ámbar!
¡Cómo cruzan las frondas, y en ellas
Entretejen brillantes guirnaldas!
Son las flores el tálamo donde
Acaricia Oberon á Titania...
¡Allá van! ¡Allán van!... ligerísimas;
Vaporosas, risueñas y aladas!
¿Y esas niñas vestidas de blanco,

Quiénes son ? Las memorias de infancia...
¿ Y esa tropa rïente de silfos ?
Los primeros amores que pasan...
Ya desciende el querub del ensueño;
Ya surgís de la verde enramada,
¡ Ilusiones, caléndulas de oro !
¡ Mariposas de luz, esperanzas !
¡ Cómo se ha transformado la noche !
¡ Cómo la honda tiniebla se esmalta !
¡ Ah ! qué inmenso poder es el tuyo;
Tañe, bardo, el laúd : ¡ canta !... ¡ canta !...

VI

¡ Allí está !... Se prendió tras el bosque
Un cendal luminoso, una franja
Amarilla y azul, que parece
Salpicada con polvo de plata.
Todo va despertando... El rocío
En los cálices tersos se cuaja;
Y ya el viento recorre los valles
Entonando sus dulces baladas.
¡ Leñadores ! Volved á la selva,
Continuad la monótona charla
De los troncos que gimen heridos
Al vibrante rumor de las hachas.
¡ Cazadores ! Tomad la ballesta;
Perseguid á los ciervos que saltan,
En los hombros poned los halcones
Y tocad en las trompas de caza.
Y tú, triste y errante poeta,
Ya no cantes; los pájaros cantan.

Ya la noche pasó; ya se abre
La pupila curiosa del alba !

VII

Margarita, ya viene la aurora;
Margarita, llegó la mañana;
Si hubo sombra, y tristeza, y silencio,
Ya se hizo la luz en tu alma.
Mas ¡ quién sabe ! La noche es artera;
Quizá llegue muy pronto, enlutada,
Y otra vez se derrame en tu vida,
Como entonces, tan triste y tan larga.
¡ Ojalá que á través de la sombra
Se adelante y detenga la marcha
Un poeta que evoque tus sueños,
Y despierte tu fe y tu esperanza !

Humorismos tristes

(1900.)

HUMORISMOS TRISTES

Mientras toca Chopín el buen maestro,
ó el poeta neurótico recita,
yo charlo con la hermosa señorita,
en voz baja, del último siniestro.

¡ Y sufro mucho !... ¡ Bah ! Pero soy diestro
en sonreir y en ocultar la cuita;
mi tristeza es amarga, es infinita...
mas ¡ qué apacible regocijo muestro !

Estoy vencido al fin; cesó la lucha;
yo quedo triste y ella indiferente ;
su amor fué poco y mi desgracia es mucha;

Y entre tanto, burlona y sonriente,
ella, en el fondo del salón, escucha
del joven barbilindo el *flirt* corriente.

Ψ Ψ Ψ

¿ Que si me duele ? Un poco ; te confieso
que me heriste á traición; mas por fortuna

tras el rapto de ira vino una
dulce resignación... Pasó el acceso.

¿Sufrir? ¿Llorar? ¿Morir? ¿Quién piensa en eso?
El amor es un huésped que importuna;
Mírame como estoy; ya sin ninguna
tristeza que decirte. Dame un beso.

Así; muy bien; perdóname; fuí un loco;
tú me curaste, —gracias, —y ya puedo
saber lo que imagino y lo que toco:

En la herida que hiciste por el dedo,
¿que si me duele? Sí; me duele un poco,
mas no mata el dolor... No tengas miedo...

⚜ ⚜ ⚜

Ya está: no tengas miedo de mi pena;
no me pondré en ridículo; precisa
fingir, y fingiré. ¿Ves? la sonrisa
acude á mi semblante y lo serena.

¡Vaya un ejemplo el tuyo!... ¿Magdalena?...
¿Te figuras que un Cristo se improvisa?
¿Que te perdone así? Vas muy aprisa;
Cállate; es lo mejor, no estás de vena.

Y bien: me voy, termina tu tocado,
no te alarmes, lo sé, no es de buen tono;
no volveré á llorar como he llorado:

tú guarda tu maldad y yo mi encono...
¿Como buenos amigos?... Aceptado.
¿Qué quieres más?... ¿Perdón?.. Pues te perdono.

⚜ ⚜ ⚜

Por las áureas estrías de tus ojos
cruza, como un relámpago, el coraje,
y la efímera espuma del ultraje
mancha tus labios, á mordidas, rojos.

Bien muestran tus histéricos enojos,
la mano que se crispa entre el encaje,
las rígidas arrugas de tu traje,
tu pie impaciente y tus cabellos flojos.

¡Qué torpe fuí! Cesó lo confidencia
y te hablé de mi amor, de mi existencia,
que va embebida en ti, de mi alma absorta;
te dije la tristeza que me aflije,
te dije que soy tuyo... y no te dije
que estás muy linda... ¡Y eso es lo que importa!

⚜ ⚜ ⚜

En la memoria la impaciente idea,
como en un viejo arcón trémula mano,
busca el recuerdo del amor lejano
que á veces en mi sombra centellea.

Remueve, por hallar lo que desea,
entre lo más recóndito y arcano,

las baratijas de la vida... ¡ En vano !
es cansada é inútil la tarea.

Guarda el arcón los mudos cascabeles,
los guiñapos de fe, los oropeles,
quebradas joyas y marchitas flores;

pero el amor de mi alma se ha perdido,
que solamente me dejó el Olvido
tristezas, desencantos y dolores !...

⚜ ⚜ ⚜

Deja que me refugie en el ensueño
como niño miedoso en el regazo
de la madre, que me ha tendido un lazo
la vida, y yo soy débil y pequeño.

El mal, en abatirme tiene empeño;
para emprender la lucha, brazo á brazo
con él, yo necesito en breve plazo
del invencible talismán de un sueño.

Déjame ir; la vida me traiciona,
el ideal se aleja y me abandona
en la ruta más áspera y sombría:

Si ya no quieres ser mi compañera
en el viaje al país de la Quimera...
¡ acompáñame tú, Melancolía !

Elegías modernas

(1898-1900).

Á LA NOVIA DE UN POETA

I

—... Sí, pobre amiga; prefirió el obscuro
rincón de su taberna, del que un día,
ebrio á la vez de vino y poesía
se alzó tambaleante é inseguro :
hincó la mano trémula en el muro,
sacudió la cabeza, hosca y bravía,
y pasó por sus ojos todavía
la luz de un verso misterioso y puro.
Fué un soñador neurótico y divino,
que alumbró el matorral de su locura
con la lámpara de iris de Aladino,
y prefirió á tu amor y á tu hermosura,
la embriaguez luminosa de su vino,
su viejo vaso y su taberna obscura.

II

Tú muchas veces la llamaste. — En vano
apareció en su noche tu belleza,
y se inclinó tu pálida cabeza
hasta besar el dorso de su mano.

Tu frenesí le pareció liviano,
tu desnudez olímpica impureza,
y se volvió á mirar á la Tristeza
y á sonreir al Ideal lejano.

Se puso en pie para morir, y quiso
como inviolada nieve de la altura,
mostrar su sueño, blanco é impreciso,
y prefirió á tu amor y á tu ternura
su artificial y ardiente paraíso
su viejo vaso y su taberna obscura.

EN MEMORIA
DE MI PERRO "BAUDELAIRE"

Á Jesús Contreras.

Del raído jergón en que yacía
mi perro moribundo, alzó la testa,
la gran testa escultórica, orgulloso
y altivo, como un dios agonizante.
En sus ojos, profundos y febriles,
súbitamente se encendió un relámpago
de amor inmenso. Mi tristeza entonces
quiso asomarse á mis pupilas para
dar un adiós á aquel amor sublime.

La bestia, estremecida con temblores
de ternura, miró caer mi llanto,
y con un rudo y soberano gesto
de angustia y de dolor, — Gracias, — me dijo.
Después, con lentitud doliente y grave,
tras la fatiga del supremo empuje,
como en un cabezal, reclinó el perro
la gran testa escultórica en el muro.

Pero sus ojos tristes, tristes, tristes,
me siguieron hablando :
« Es la primera
vez que no te obedezco, no me llames,
ya te voy á dejar, amado mío.

Viví de tí, por tí, para atraerme
todas las emociones de tu alma,
tus goces, tus pesares y tus sueños;
para buscarte en todo, porque eras
mi única aspiración. Á una caricia
de tu mano, á un acento, á una apacible
mirada, se dormían mis instintos,
y un sér inteligente, amable, dócil,
generoso, leal, siempre dispuesto
al sacrificio fuí, bajo el encanto
de tu voz, tu caricia ó tu mirada.
¿Quién te amó más que yo, sin un instante
de duda, de desdén ó de abandono;
sin una ingratitud, sin un olvido,
sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo?
Fuí el compañero insomne de tus penas,
tu guardián en el peligro. Fuí tu siervo
en el placer, tu amigo en el quebranto,
tu jovial camarada en la alegría.
Acuérdate : se fueron los efímeros
amores, la lusión y la esperanza;
cantando se alejó la nave de oro
y nos dejó en la orilla obscura y sola.
¿Qué te quedó del Universo, oh pobre
soñador de remotos ideales?
Arriba, mucho cielo, el impasible;

abajo, mucha tierra, la infecunda.
Y yo que era la piedad; un átomo
de vida unido á tí por misteriosos
enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde?
¿al Bien? ¿al Mal? No importa; íbamos juntos.
Yo fuí el festejador de tus sonrisas,
el cantor de tus negras soledades,
yo vigilé tus tristes pensamientos,
yo comí el pan mojado con tus lágrimas.
En el silencio de hogar sin lumbre
yo consolé tus noches de delirio,
y clavando mis ojos con los tuyos
te pregunté : ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
Ya ves, me voy, te dejo; me entristece
pensar en que no habrá quien te acompañe
por el camino, como yo, besando
tus huellas en el polvo del sendero.
Te quedas con los hombres, los que olvidan
los que traicionan, los que engañan, solo,
mirando hacia los cielos impasibles,
en pie sobre la tierra despiadada.
Mi muerte no es la tuya; tú sucumbes,
y, transformado, asciendes á otros mundos;
yo fuí materia que te amó, no tengo
alma con que esperarte en otra vida.
Tú eres un inmortal; sueñas que, errante,
por ese mar azul y luminoso,
buscarás, de astro en astro, la imposible
quimera de tu espíritu. Yo vuelvo
á pudrirme en el fango del que salen
el monstruo y el reptil, flores y estrellas.
Mas... cree en el amor, existe; mira,

soy una prueba de que existe : toma
aliento y fé de mi postrer mirada.... »

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió. Gracias, le dije,
y me incliné á besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un alcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.
Lentamente,
sobre el negro ataúd del horizonte,
un crespón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba; estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame....
Y uno de mis niños
se asomó á la ventana de la alcoba
y me gritó : Papá, ¡ muy buenos días !

Octubre 31 de 1900.

Poemas crueles

(1894-1895).

CARMEN

Á Jesús Urueta.

I

Despertó; abrió los ojos con la inquieta
Cobarde timidez de un sueño largo
Súbitamente roto por la brusca
Invasión de la luz... Amanecía.
Un florón palpitante de reflejos
Se prendió á la ventana, entró en la alcoba,
Hizo arder el cristal de los espejos
Y se estrelló en la puerta de caoba;
Corrió con rapidez por los tapices
En cuyo fondo pálido y obscuro,
Pintó franjas de luz, rojas y vivas,
Que fingieron sangrientas cicatrices
Abiertas de improviso sobre el muro;
Limpió, de un golpe, al oro agonizante
De la cortina, el polvo de la sombra,
Y abrió el cáliz exótico y gigante
De los lirios azules de la alfombra.

Incorporóse Carmen con pereza,
Entreabrió los labios voluptuosos,
Y con mohín de hastío y de tristeza
Alzó los brazos finos y nerviosos.
Echó hacia atrás con movimiento franco
La clara cabellera en que flotaban
Los rizos con rebeldes desenfrenos,
Y apareció por fin, desnudo y blanco,
El torso de alabastro que manchaban
Las dos pálidas rosas de los senos.

Despertaba de un sueño sin visiones,
Negro, brutal, profundo, en el que hundida
Se sintió muchas horas; un abismo
Que, de pronto, en violento cataclismo
La arrojaba sin fuerzas á la vida.
Y asombro sin palabras era el suyo;
Entre sus ojos que el temor velaba,
Sombríamente glaucos, el cocuyo
Intenso de la fiebre chispeaba.
Miró á su alrededor... ¿En dónde estaba?
Reconoció la alcoba... De repente,
Sobre el lecho en desorden,
Por inquietudes locas removido,
Contempló con estúpida fijeza
Que había en la almohada una cabeza
De Holofernes, dormido.
¿De quién era la testa innoble y tosca
Que junto á sí tenía,
Y entre cuya expresión, salvaje y hosca,
Se deslizaba un gesto de ironía?
¿De quién era esa faz — á un tiempo llena

De placer, de cinismo y de desgracia —
Encuadrada en la indómita melena
Luciente, ruda, sudorosa y lacia?
¿De quién era, de quién, aquel cetrino
Rostro de frente estrecha y boca astuta,
Casi perdida entre la barba hirsuta
Húmeda aún de besos y de vino?

Carmen parpadeó; las manos trémulas
Hundió en la clara cabellera rubia,
Sacudió la memoria, y una lluvia
De recuerdos cayó, con el esfuerzo
Iracundo y cruel de sus congojas,
Como del árbol que sacude el cierzo
Con temblor invernal, caen las hojas.
Fragmentos de episodios se estrellaron
En su cerebro lóbrego, y silentes
Se desgranaron, duros ó deshechos,
Confundidos, cercanos y remotos,
Sin precisión ni claridad á trechos,
Y á trechos con facetas relucientes
Como cristales rotos.
Y allí encontró, más firme y más sarcástica
La postrera impresión de lo pasado;
La última noche orgiástica,
Y el último beodo enamorado.
Aquel hombre salvaje y atezado,
De su lecho escondido entre las sedas,
No era de una visión el devaneo,
No era tampoco un hombre, era un deseo
Que le arrojó un puñado de monedas.

Recordó que con hipo y vacilando,
Al terminar la encanallada escena,
La había él conducido al lecho blando
Y allí la desnudó, canturreando
Una frase de amor, vulgar y obscena.
No obstante, ¿qué extrañaba? ¿qué era aquello?
Una aventura sin valor, sin nota
En su vida común... ¡ah! cuántas veces
Se despertaba así, con languideces,
Triste, cansada, adolorida, idiota.
Pero quizá por sugestión ignota
Venciendo su indolencia y su quebranto,
Entre la luz de ámbar de aquel día
Carmen se pusó á meditar, en tanto
Que Holofernes dormía.

II

Ese mismo florón de oro y grana,
En época feliz, dulce é incierta,
Asomado al cristal de otra ventana
Muchas veces le dijo en la mañana
Con un grito de luz : « vamos, despierta! »
Sólo que entonces ni incendiaba espejos,
Ni ardía en la caoba de la puerta,
Ni manchaba tapices... ¡Y qué lejos
Debió de haber volado la memoria
Para traerle, tan brillante y viva,
Aquella evocación intempestiva
De la casta leyenda de su historia!
En la cámara humilde y bien oliente
Á salud y á violetas, sin disgusto

Ni cansancio, caía de la altura
De un sueño azul; con infantil soltura
Ágil erguía el delicado busto,
Flexible, sastisfecha, sonriente,
Para ver, con mirada pudorosa,
En el intacto lecho una radiosa
Cabeza de Jesús adolescente.

Era su alegre despertar de esposa!
Su vuelta de una noche de delicia,
En que sintió, cual rápido aleteo,
La cobarde opresión de la caricia
Que apenas palpa y huye — temerosa
Sonámbula del púdico deseo. —
Y al recordar sus goces juveniles,
Cayó como una flor en negro río
Una gota de miel en la dantesca
Corriente acibarada de su hastío,
Y temblaron sus senos con la fresca
Sensación de una lluvia de rocío!
Después... siguió sumida en el letargo,
Meditativo y hondo,
En que nada se piensa, y sin embargo,
La idea nos ahoga y nos oprime,
Y de la sima en el obscuro fondo,
Un pensamiento informe, pero amargo,
Combate y clama, y se retuerce y gime!

...Y no, no era verdad; no fué su vida
La infeliz y escabrosa confidencia,
La narración compuesta y aprendida,
Elegíaca y vulgar de una existencia;

El cuento burdo que á la vez clemencia
Y admiración implora,
Dicho en voz baja y con falaz semblante
Por distraer la necia y repugnante
Embriaguez del amado de una hora;
La tragedia que urdía en sus excesos
Con el afán de sorprender, de prisa,
Una lágrima indócil en la risa
Y un ¡ay! de compasión entre los besos.

No fué su carga de dolor humano
La que la hizo caer; no fué la ira
Desesperada, ó el despecho insano
Quien la empujó hacia el burdel... ¡mentira!
¿Á qué el engaño inútil? Algo era
De lo que en alta noche y en secreto
Le confesaba á alguna compañera
Con frases cortas y ademán inquieto.
Y la verdad iluminó el abismo:
Su desdicha y su mal no estaban fuera;
Se hallaban dentro, en ella, en su organismo.
El psíquico poder que desentraña
Y analiza, formóle una inconsciente
Clarividencia lúcida y extraña.
Corría por su sangre y daba vuelta
Bajo su piel de raso, el invencible
Ardor, porque en su sangre iba disuelta
Una pasión satánica y horrible
Que dormitaba mucho, y de repente
Se alzaba más resuelta,
Más tenaz, más cruel, más insolente!

Ahora lo veía; ya el destino
Desde temprano le marcó el camino...
En la niñez aún, sus ilusiones
De blancura serena y eucarística,
Sus ardientes y largas oraciones,
Sus arrobos y éxtasis de mística,
Sus alucinaciones...
Más tarde, cuando siente la pureza
La primera obsesión de los sentidos,
Sus duros arrebatos concluidos
Y deshechos en llanto y en tristeza;
Y al fin, cuando el amor vino discreto,
En la hora solemne de la cita,
La tentación curiosa, la infinita
Ansiedad de romper con el secreto...
¿Por qué al verla tan vil y degradada,
Hender su faz doliente con la injuria?
Era forzoso: estaba condenada
A cadena perpetua de lujuria!

Una noche sintió que, rebosante,
En la alcoba nupcial, callada y tibia,
Azotaba su cuerpo palpitante
Una pérfida onda de lascivia.
Y el día en que ella cometió el delito
Alguien le gritó «¡ven!» con un inmenso
Y voraz apetito;
Y entonces fué — ¡oh lúgubre descenso! —
Cuando pasó, sin que ella lo recuerde
Con la precisa claridad que anhela,
Del beso alado que se posa y vuela
Al ósculo bestial que lame y muerde!

Centelleó la transparencia verde
De sus ojos de mar!... ¿Por qué brotaba
Del sueño sin visiones y profundo
Donde acababan de dormir, hundidos,
Sus recuerdos? ¡Qué dulce es ese mundo
De todos los olvidos!
¡De su locura inicua era la esclava!
¡Cuántas veces, insomne entre la sombra,
Al concluir un delirante espasmo,
Deslizábase á tientas por la alfombra
Con repentino y trémulo entusiasmo,
En busca de un puñal!... Era obstinada
La irreflexiva rebelión colérica:
¡Qué dramático fin para un enredo
Tosco!... Y aparecía el ansia histérica
De matar... ¿y por qué?
— ¿Por qué?... Por nada,
Por ver sangre... y también por asco y miedo.

Para abreviar su vida atormentada
Se entregó hasta sentir que el inseguro
Y débil cuerpo, hermosamente tísico,
Halló en el fondo del placer impuro
El sufrimiento espiritual y el físico!

Y cuando la tormenta se perdía
Y los anhelos fuertes y rabiosos
Se alejaban y ella resurgía
De aquellos frenesíes dolorosos,
¡Qué mudas y qué dóciles tristezas!
De volver al hogar... ¡cuántos empeños!
¡Qué afán de melancólicas ternezas,

De voces blancas y de castos sueños!
¡Qué despiadado y funeral suplicio
Sentarse de su alma en los escombros!
¡Qué infamante su lúbrico ejercicio!
¡Qué pesado llevar sobre los hombros
El cadáver del vicio!
Viendo niños lloraba — ¡oh desventura
De la que vive en el pantano inmundo! —
Ser hembra y no ser madre; ser impura,
Y sufrir ante un niño la tortura
De un vientre ya estrujado é infecundo!
...¡Qué pobre voluntad! Cuando soplaba
Sobre su vida solitaria y yerma
El cálido huracán que la arrastraba,
No tenía la culpa... era una enferma,
Una enferma!
Y al ver cómo temblaba
En el cristal el oro de aquel día,
Triste, sin fuerzas, reprimiendo el llanto,
Carmen se puso á sollozar...
En tanto
Holofernes dormía...!

UNA JUVENTUD

Á Justo Sierro, el Maestro.
Su discípulo y ferviente devoto.
L. G. U.

I

Juan levantó los brazos al cielo; — el infinito
azul estaba puro, diáfano, riente. —
Quedóse como en éxtasis, mirando de hito en hito
algo invisible; ahogábase, y en un supremo grito
dejó escapar la ira: después dobló la frente.

Convulso de sollozos, lloró con el semblante
hundido entre las manos, en la inconsciencia vaga
de un gran dolor.... El día, sereno y deslumbrante,
cercábale con toda la claridad triunfante,
primaveral y alegre que ciega y embriaga.

El oro rubio y claro de la mañana ardía
en el bruñido esmalte del horizonte, y luego
del sucio pavimento de la plazuela, hacía
tapices damasquinos, vibrante pedrería,
heráldicos dibujos y láminas de fuego.

El sol bañaba todo: los muros, las entecas
ramas de un árbol triste, en cuyas hojas secas
fingía brillos de ónix; cuajaba de rubíes
las piedras de las tapias, y luminosas grecas
trazaba en los desnudos sillares carmesíes.

Sobre la tosca fuente, al borde del gastado
brocal, el agua en nítido chorro de luz, saltaba;
algunas mariposas con vuelo fatigado,
en loco enjambre iban, y del portón ferrado
parábanse en la esfera pringosa de la aldaba.

No columpiaba el aire la rústica cortina
de la ágil trepadora que sube la ruina
y á los tupidos hierros del barandal se enreda....
De pronto, corva y rauda, pasó una golondrina,
rozando las azules campánulas de seda.

Y en el balcón abierto, inmóvil, con los brazos
sobre la negra barra del barandal, hundido
el rostro entre las manos, lloraba Juan, los lazos
que al porvenir ataban su vida, hechos pedazos
y el mundo de las cosas en inmenso olvido.

La idea, martillando desesperada y ruda
sus sienes, le sumía en un sopor extraño;
por el dolor imbécil, por el asombro muda,
su inteligencia torpe bregaba con la duda:
¿era verdad ó era ficción su desengaño?

Tras las crispadas manos los ojos encubiertos,
en sombra las pupilas, mas como nunca abiertos
de par en par, y fijos los ojos de su alma,

Juan vió que lentamente surgía con inciertos
perfiles, en el fondo de su memoria en calma.

Aquel instante, el rápido instante de su pena :
¡ Qué dolorosamente vulgar era la escena !
Llegó; no se asomaba.... tuvo un presentimiento;
pasó el umbral gritando : — ¡ Elena ! ¡ Elena ! Elena ! —
pero la voz de oro no resonó en el viento.

Cruzó lleno de angustia los limpios corredores;
sobre sus blancos tiestos las hojas y las flores
recién bañadas y ebrias de sol, resplandecían,
y en torno de la angosta vidriera de colores,
en sus colgantes jaulas los pájaros reían.

— ¡ Elena !.... ¡ Elena !.... Entonces llegó hasta la
cámara; se detuvo; al fin abrió la puerta [entreabierta]
y entró calladamente. ¡ Paz honda é infinita !
¡ Ah ! su enfermita pálida dormía en la desierta
y silenciosa alcoba : ¡ su pálida enfermita !

Y se acercó : en la mesa, al pie de la tisana,
humeante aún, ver pudo la carta de la ausente :
corrió al balcón; ahogábase, y henchido de ira insana,
Juan levantó los brazos al cielo.... La mañana
estaba azul, radiosa, serena y transparente.

No la leyó — ¡ mentira ! — la odivinó : la impura
cansada de ser buena, caía de la altura
para volver de nuevo al mal, al vicio, al lodo :
Juan sólo vió dos frases de hipócrita ternura :
"Tú quedas con la niña : perdóname".... Eso es todo.

¡ Ah ! ¡ infame ! ¿ Perdonarla ? ¿ Acaso era él divino ?
Dejarlo así en un rapto de indómita lujuria,
sin juventud, sin vida, ni aliento, ni destino !
¡ abandonarle en medio del lóbrego camino
de la existencia, y luego pedir perdón ! ¡ Qué injuria !

¡ Ah ! ¿ Perdonarla ? Darle la última y más santa
limosna del espíritu... É hinchóse en su garganta
hirviente de vocablos obscenos, la blasfemia....
Súbito pensó : ¿ á dónde dirigirá la planta ?
¿ Qué rumbo le ha marcado su instinto de bohemia ?

No; no era una de esas fantásticas pasiones
que rugen, y que estallan en desesperaciones,
que ciegan y que empujan de un golpe al precipicio :
ella bajaba sola los negros escalones,
fría y serena, en busca de su ideal : el vicio.

Ahora él se explicaba aquella intempestiva
tristeza; aquel semblante de virgen pensativa;
aquel intermitente y loco devaneo :
seguro estaba : no iba tras un amante, iba
en pos de las monstruosas quimeras del deseo.

Pasó por el cerebro de Juan, como una roja
visión, el apetito de ver sangre en la hoja
aguda y reluciente de algún puñal.... Un largo
momento de trastorno deshizo su congoja
en un anhelo informe, pero brutal y amargo,

De destrucción, de ruina, de muerte, de venganza,
de lo que abrevia y rompe la obra del destino;
de hundirse como el náufrago que pierde la esperanza,

en la onda obscura; y como cuando la noche avanza
á un árbol van las aves, á su memoria vino

Una bandada de ágiles recuerdos olvidados;
cosas en que él no había puesto atención; lugares
remotos, edificios apenas recordados,
fragancias que de niño mucho aspiró, y cantados
en voz baja, fragmentos de temas populares;

Sueños de infancia, noches de soledad inmensa,
delirios juveniles, escenas de su drama;
y Juan en un esfuerzo que todo lo condensa,
ata, eslabona, une, y en emoción intensa
al fin se extiende y abre completo el panorama.

¡ Su vida ! Pasajera, y sin color, y breve,
y pronta á deshelarse como ante el sol la nieve,
delante del postrero pasaje de su historia;
todo se hundía, y sólo como un bajo relieve
quedaba aquel recuerdo tallado en su memoria.

... Fué hace seis años... era muy joven todavía :
no tuvo hogar, ni madre, por eso ya sabía
ver al dolor de frente desde una edad temprana :
el hijo del arroyo ha tiempo que vivía
en el abismo negro de la maldad humana.

Pero la vida tiene vorágines secretas :
¿ Por qué desde las horas de su niñez, amargas,
la música de un verso le trajo ansias inquietas
y ardientes entusiasmos y amor á los poetas,
aquellos de ojos tristes y cabelleras largas ?

¿ Por qué como una nube que flota sobre el cieno
su espíritu ascendía en busca de lo bueno;
y como se despiertan los pájaros dormidos,
sus ímpetus volaban tras el dolor ajeno
llevando una infinita piedad por los caídos ?

Un soplo de inefable ternura era su herencia :
¿ quién lo arrojó en el árido breñal de su existencia ?
Pasados sufrimientos quizá en él revivían;
de un gran misterio, á veces, hallábase en presencia
y extraños atavismos su espíritu afligían....

... Hace seis años.... Tarde de nubes sonrosadas
por el fulgor muriente que aun el Ocaso alumbra....
En la taberna. Risas, joviales camaradas
y sueños, y visiones de líneas esbozadas
que el humo del cigarro perfila en la penumbra.

En los rincones, juegos de luz : el glauco brillo
del irisado ajenjo : el ámbar amarillo
de la cerveza, blonda cual campo de trigales,
y haciendo una áurea tela del diáfano visillo
de la ventana, polvo de sol en los cristales.

Cuando alguien dijo : —¿ Vamos ? — los rostros juveniles
ardieron en malicia. ¡ Oh azul noche de Junio !
tú, por las calles, entre fantásticos perfiles
miraste uno de aquellos olímpicos desfiles
hacia el país del beso ¡ oh tibio plenilunio !

Llegaron : los chapines en un tropel sonoro
se oyeron, como siempre, correr tras los espesos
y claros cortinajes; entró el alegre coro

de las amigas, y ellos bajo la luz de oro,
rompieron en repiques de risas y de besos.

¡ Y apareció !... ¡ Una pálida y frágil hermosura !
Las manos en los senos de virginal blancura
y un níveo paño al brazo, salía de la alcoba
y en actitud sumisa mostraba su figura
desnuda y casta como la Venus de Canova.

Y Juan pensó al momento : ¿ Qué Fausto la sedujo ?
¿ Qué vengativo Hamlet la enloqueció ? ¿ Qué influjo
diabólico y potente la hundió en el pudridero ?
¿ Qué joya deslumbrante le habló : Yo soy el Lujo ?
¿ ó qué crimen le dijo : soy el Amor ; te quiero ?

Mas no : cuando ella vino á él, dócil, sencilla,
supo que era una planta sin jugo y sin colores,
de origen misterioso : ¡ quién sabe qué semilla
llevada por el viento que la arrojó en la orilla
estéril del pantano, se aclimató y dió flores.

— ¿ Y gustas de esta vida ? — No conozco otra. — Elena
dime : ¿ tú sufres mucho ? — Á veces sí. — ¿ Tu pena
es pertinaz y honda ? — Surge sin saber cuándo.
¿ Y qué, nunca te asaltan deseos de ser buena ?
— ¡ Oh, mucho, mucho ! — dijo — y se quedó pensando.

Y comenzó el ascenso ! Por luminosa escala
tendida desde el fondo, miasmático y sombrío,
subieron, él sirviéndole de fe, de aliento, de ala,
y murmurando : — Elena, la vida no es tan mala...
Ella diciendo : — ¡ Ayúdame ! subamos más, bien mío !...

II

Y ya en el barrio, lejos de la febricitante
ciudad, frente á la alegre plazuela de risueños
contornos, y en la casa que oculta la brillante
enredadera — nido de misterioso amante,
para esconder purezas y acurrucar ensueños, —

¡ Qué inmensas alegrías ! ¡ qué regocijos puros !
¡ qué intimidad ingenua, dulce, sin sombras, franca !
¡ cómo se desgarraron de un golpe los futuros
destinos, — como al alba los páramos obscuros ! —
en una lejanía indefinible y blanca !

Juan al hogar llegaba, y ella con la coqueta,
mimosa y adorable pasión de las mujeres,
echábale los brazos al cuello, y con secreta
voz de matices suaves : — ¡ Oh Juan, oh mi poeta !
¡ qué feliz soy ! — decía — y tú, qué bueno eres !

¡ Labor profunda ! Pero las fuerzas no se agotan
si alientan ideales : se agitan, luchan, flotan ;
siembran en la infecunda vida las ilusiones,
hasta que al fin estallan los gérmenes y brotan
del corazón marchito las nuevas floraciones.

Un día estaba triste : su hermosa faz serena,
inmóvil, en un gesto doliente y abstraído ;
él la besó, diciéndole : — ¿ En qué piensas, Elena ? —
— Pienso — exclamó — en la dicha de no haber sido buena :
entonces, quizá nunca te hubiera conocido.

Muy pronto vino el ángel; la pálida enfermita :
con mezcla de pesares y goces, la fortuna
les preparaba aquella felicidad bendita;
y noche á noche — en horas de amor — se daban cita
todas sus esperanzas al borde de la cuna.

—¡ Nos ha salvado !—¡ Somos felices !—¡ Qué contento !
— ¡ Dale otro beso, el último ! — No ; déjala que duerma....
¡ Ay ! pero qué espantoso, qué horrible el pensamiento
que á Juan martirizaba como un remordimiento :
¿ Por qué nació la niña tan triste y tan enferma ?

Y ahí, donde ya sólo sus lágrimas esconde,
miraban siempre juntos agonizar la tarde :
frente ese muro, en ese balcón abierto, donde
si él llama, ya ninguna voz de oro le responde,
ni asomará la dulce querida que le aguarde.

La procesión de obreros pasaba, y frente á aquella
casa de azules flores y de sillares rojos,
sintiendo qué la velada tranquilidad destella,
viendo una blonda niña, junto á una mujer bella,
— *¡ allí viven felices !* — gritaban con los ojos.

Mas ya no volverías á verla — ¡ oh pobre gente ! —
nimbada de fulgores en el balcón abierto....
tú eres sencilla y sana, tal vez indiferente
ignoras que él no sufre por la querida ausente;
sino porque en su espíritu un gran impulso ha muerto.

Ya ve que es imposible la redención : se impone
el hábito adquirido : ve que la lucha es vana
contra el temperamento.... ¿ Qué importa que abandone

su error el alma, y vuele, si al fin se sobrepone
la carne triunfadora, la eterna soberana ?

¡ Y tú, impulsiva, cuánto debes haber sufrido !
¡ Qué luchas !.... Juan ahora recuerda las señales :
la obstinación frenética de prometer olvido,
el llanto oculto, el gesto doliente y abstraído,
los raptos de febriles caricias maternales !

Nostálgica del vicio, tornas á él : vencida
del mal, vuelves al fango, porque él nutre tu vida
y en él abres — ¡ oh planta ! — las venenosas flores :
no te salvó la augusta maternidad : ¡ querida
infiel, entra en tu lecho de efímeros amores !

Ve; la ciudad te aguarda, la que el placer hospeda;
el sordo y lento ruido del coche en el asfalto
de la avenida; el lujo, los frotes de la seda,
la luz deshecha en iris, la orgía donde rueda
la copa de champaña desde la mano en alto.

Y Juan alzando entonces el lívido semblante
en el que, poco á poco, la cólera se apaga....
se irguió sereno.... El día, magnífico y radiante
cercábale con toda la claridad triunfante
primaveral y alegre que ciega y embriaga.

Los dombos y las torres se alzaban á lo lejos
manchando las remotas diafanidades puras;
sus láminas polícromas de vivos azulejos,
brillaban en el aire cargado de reflejos
como unas luminosas y etéreas bordaduras.

¡Allá se fué!.... En buen hora; ya está tranquilo y sano
el vacilante espíritu; no hay fuerza que destruya
el misterioso empuje de lo fatal y humano.
Ella partió, y él dice : — ¡Oh pérfido oceano
de la ciudad, recóbrala, te la devuelvo, es tuya!

La amé... ¿pero qué importa? Se da la mano á un ciego
en la difícil senda; se cura un ave herida....
Como se seca el llanto, como se atiende el ruego,
así la amé, por sola, por desgraciada, y luego
la amé también por madre, la amé por redimida!

... « ¿Y nada más? » — Venía de muy hondo la interna
voz al principio débil y al fin precisa y clara : —
« ¿Y nada más por eso la amaste?... No; tu tierna
piedad no te disculpa; es la mentira eterna
con que tu propio espíritu, cobarde, se enmascara. »

« Ahonda; un sensual vive dentro de tí; padeces
la enfermedad maldita; te entregas á la furia
de un ósculo; otro hombre sueña en tu sér, á veces,
caricias imposibles en blancas desnudeces
que avivan la salvaje y atávica lujuria. »

« ¿Y qué, no amaste aquella carne dorada y fina,
que tiembla bajo el casco de los cabellos blondos?
¿La desnudez gloriosa no amaste en tu heroína,
y aquella inmaculada blancura y la divina
turgencia de los senos nutridos y redondos?

« ¿Y qué, no amaste aquella traspiración de rosas?
¿No amaste aquellos tibios y lúbricos efluvios
que te embriagaban cuando con manos temblorosas

para besar la nuca, alzabas las sedosas
fosforescentes masas de los cabellos rubios?

« De noche, desatabas de su cadera el cinto
y con creciente anhelo de verla, nunca extinto,
al contemplar su cuerpo, dichoso te sentías
dejando que cayeran para formarle un plinto,
las ropas que tú á besos mordentes desceñías! »....

—¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Es cierto! —clamaba Juan tur-
por una nueva angustia. Y al punto en el nublado [bado
rincón de su memoria, hervían los sucesos :
todo lo que avergüenza, lo oculto, lo ignorado
del mundo, goces locos é impúdicos excesos.

¡También él! En un rápido análisis seguro
que de su sér el fondo remueve y escudriña,
miró sus liviandades; y del abismo obscuro
de su conciencia en sombras, surgió como á un conjuro
la angélica y doliente figura de la niña.

¡La niña, la doliente, la angélica!... Del seno
de dos perversidades brotó la flor de cieno,
sin jugo y sin colores, y enferma y taciturna!
Dos impurezas para mezclar así el veneno
de su maldad, forjaron la delicada urna!

¡La niña, su martirio, su adoración, su encanto!
¡Crimen de dos : ¡Elena y él!... Y deshecho en llanto
Juan levantó los brazos de nuevo á la impasible
inmensidad radiosa, y con supremo espanto,
quedóse de hito en hito, mirando algo invisible.

Pensaba: ¿Será víctima de la fatal herencia?
¿Los pechos maternales la envenenaron? ¿Duermen,
prontos á sacudirse del sueño de inocencia,
los apetitos? ¿Guarda la débil existencia
vigor, para más tarde desarrollar el germen?

¿Jamás han de salvarla los grandes sacrificios?
¿Jamás?... ¡Quién sabe! Hay almas que nunca se redi-
Y un porvenir siniestro de horrores y de vicios, [men...]
con todas las miserias y todos los suplicios, [men!»]
le hizo exclamar: —«¡Es cierto! Dar vida así, es un cri-

Se estremeció, al oírse, con un sacudimiento
de horror, y en un arranque de voluntad, violento,
quiso borrar ideas insólitas y extrañas,
y huir de las torturas de aquel remordimiento
que ha mucho que tenía clavado en las entrañas.

¡No pudo!... Y la incansable, la dulce y compasiva
piedad, dentro de su alma, medrosa y sensitiva,
se alzó elocuente á darle consuelos en la pena:
«ten fe, ten esperanza; ¡quién sabe si no viva!
¡Oh, Dios! ¡pobre criatura! ¡que viva! ¡será buena!

Tú no eres un malvado: de ingénitas bondades
conservas en tu espíritu las indelebles huellas...
nunca serás perverso mientras del mal te apiades...
hay hombres que no tienen ternuras ni piedades,
hay en las almas noches que no tienen estrellas.

Mala, la Vida; infame, la Suerte; ¿no es acaso
ella la que te impulsa? ¿No puso ante tu paso
una mujer? La amaste: respeta tu destino,

y haz de tu pobre hija un delicado vaso
y en él vierte la esencia del Bien, ese divino

Óleo que tantas veces ha ungido tus pasiones...
Sí; Juan miró resuelto aquel problema arcano,
y al fin de sus profundas y graves reflexiones
pensó como el poeta de las *Contemplaciones*:
cruzar por la existencia con su hija de la mano.

¿Qué oyó?... Desde la alcoba con un grito angustioso,
la niña, ya despierta, llamaba, vacilante,
con miedo de encontrarse tan sola en su reposo.
Iba á empezar el diálogo tremendo y doloroso;
Juan, con videncia amarga, lo adivinó al instante.

—¿Y no vendrá? — No, hija; ya no vendrá; muy lejos
se ha ido de nosotros. ¿Me quieres? — Y la niña
sin responder vería los claros azulejos,
las torres, los espacios henchidos de reflejos,
y más allá... los llanos de la árida campiña.

Él la tendría en brazos, sintiendo que las puntas
de su cabello herían su rostro; y ella en tanto
con faz mustia y llorosa, y con las manos juntas
y las pupilas tristes cargadas de preguntas,
veríale azorada, y rompería en llanto.

¡Ah! ¡No! ¡la pobre niña, tan frágil y tan tierna!
¡Que siempre le ocultaran la ingratitud materna!
¡Que nunca le narraran el negro desengaño!
— Eso es; ya te salvaste! — le habló la voz interna,
y Juan tornó á sumirse en un sopor extraño.

Y oyó de nuevo un grito : — *¡ Mamá, ven !* — Con serena
resolución irguióse, llevó hasta la melena
una crispada mano, para ahuyentar la impía
lucha de las pasiones. — *Yo te perdono, Elena !*
dijo, y entró gritando : — *¡Allá voy, hija mía !*

Quedó el balcón desierto.
Al borde del gastado
brocal, el agua en nítido chorro de luz saltaba;
algunas mariposas con vuelo fatigado
en loco enjambre iban y del portón ferrado
parábanse en la esfera pringosa de la aldaba.

El sol bañaba todo; el árbol, las ruinas,
el sucio pavimento, las flácidas cortinas
de la ágil trepadora que al barandal se enreda...
De pronto, pasó un grupo de alegres golondrinas
Rozando las azules campánulas de seda...

Versos inocentes

(1896-1897.)

PORTADA

Á Mireya.

¿Dónde están mis estrofas, las infieles,
que en vez de amarga hiel y acres resabios,
pusieran en el alma y en los labios
la divina dulzura de sus mieles?

Hoy, en forma de lúgubres rondeles,
los versos, más pulidos y más sabios,
son la expresión de mi odio y mis agravios,
y hablan de cosas tristes y crueles.

Y en vano busco.... Se apagó la luna
de mis noches, ya no hay melancolía
en mi espíritu; y vuelco ante tu bruna

Mirada, el verso — el ánfora vacía —
con el afán de que resbale una
postrer gota de amor y poesía!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MISA DEL ALBA

I

¿Lo conoces? Es un cuento
Con que divierten las madres
Á los niños, en las frías
Tristes noches invernales,
Mientras ese vagabundo
— El viento — silba en las calles
Sus baladas quejumbrosas,
É invisibles manos ágiles
Tamborilean en todos
Los empañados cristales.
¿Quieres oírlo? Pues mírame
Profundamente : que radien
En tus pupilas de ónix
Las arenas de diamante
Que se encienden en tus ojos
Cuando quieres deslumbrarme.
¡Oh versos! ¡Aves ingratas!
Volved á emprender el viaje,
Ya volvió mi primavera,
¡Oh versos, ingratas aves!
¡Abrid las alas azules
Y anidad en mis romances!

II

Hace mucho tiempo, mucho,
Muchos años, siglos hace
Que aquella iglesia ruinosa
Parecía, en lo distante,
Un capricho de las brumas
Suspendido de los árboles.
Á lo lejos, era masa
Informe; mas acercándose
Claramente se veían
Dombos, torres, arquitrabes,
Un pórtico hecho pedazos,
Grifos, endriagos, arcángeles,
Y en equilibrio pasmoso,
Columnatas por los aires.
Y los fragmentos de muros,
Cual desgarrados velámenes,
Recortaban las lejanas
Y azules diafanidades.
...En aquel claro de bosque,
Leprosa, desmoronándose,
La iglesia muda y sombría
Meditaba.
— Los diamantes
De tus pupilas fulguran;
¿Me alientas?..... Pues bien; que radien
¡Oh romántica! —
Hace tiempo
Mucho tiempo, siglos hace...

III

Pero como no hay tristeza
Sin consuelos, la gigante
Ruina triste y silenciosa
Gozaba en sus soledades.
Por las mañanas — ¡ Si vieras !... —
Al rayar el deslumbrante
Primer brote de luz virgen
El fondo del lapislázuli
Del horizonte, salían,
De los frisos y arquitrabes,
Del gótico campanario,
De las alas de los ángeles,
De los muros cincelados,
Del nicho de las imágenes,
Los pájaros, en bandadas
Bulliciosas y cantantes.
Y cuando el sol encendía
Sus vivos arcos triunfales
Tras las montañas borrosas
Y las nieblas del paisaje,
En las rotas columnatas,
En los torcidos pilares,
En las truncadas agujas,
En los huecos de las naves,
Brillaban — hechas de átomos
Inquietos y centellantes —
Sutiles gasas de oro
Como jirones de chales.

IV

¡ Ah ! No está sola la iglesia;
Hay creyentes como antes;
¿ No ves cuántas charladoras
Golondrinas en el ábside ?
Son las monjas de este templo...
Los gorriones son los frailes...
En las guirnaldas de piedra
Hay muchos nidos.
Y salen
De las negras hendeduras
En cortinas de follaje,
Las moradas campanillas,
Las caléndulas salvajes,
Los jacintos de alabastro,
Los bermejos tulipanes,
Las margaritas silvestres,
Y, bordando el cortinaje,
A trechos — manchas de púrpura —
Los mirtos color de sangre.
Y las felpas de los musgos
Verdinegros y joyantes,
Festonean los contornos
Con tapicerías árabes,
Que parecen desgarradas
Á los impulsos del aire
En calados rosetones
Y tréboles colosales.
¡ Ah ! La iglesia no está sola;
Hay creyentes como antes :

Es la misa de las flores;
¿No ves cómo los rosales
Por la tosca escalinata
Extendieron sus ramajes?
Suben, suben en tumulto:
Son devotas matinales,
Religiosas campesinas;
Van al templo... Ya es muy tarde!
Las violetas han llegado
Hasta el coro, y columpiándose,
Hacen de cada corola
Un incensario fragante.
Los claveles han erguido
Sus pompones, en falanjes,
Las ortigas ornamentan
El ara de los altares,
Y la amapola que tanto
Cuida el raso de su cáliz,
Se asoma entre el espinoso
Laberinto de zarzales.
Es la misa de las flores...
Hay procesión: un enjambre
Tornasolado, intranquilo,
De libélulas errantes.
La yerba, menuda y verde,
Se inclina..... Ofician las aves.....
¡Ah! la iglesia no está sola
Hay creyentes como antes.
La tristeza halla consuelo;
Y aquella ruina gigante,
Llena de antiguas memorias
Y de eternas soledades,

Medita: — ¡Oh Naturaleza,
Eres madre, buena madre!

V

¡Pero qué triste te pones
Templo en ruinas, por las tardes;
Cuando se duermen los pájaros,
Las flores cierran sus cálices,
Y las parásitas negras
De las bóvedas, pintándose
Sobre el Ocaso, parecen,
Inmóviles, rectas, grandes,
Como fúnebres airones
De cimeras de gigantes!
Largo, horizontal y débil,
Fatigado del viaje,
Como un venablo de oro,
Llega á prenderse un instante
En la cruz del campanario
Que al cielo sus brazos abre,
Un rayo; ¡el último aliento
De la luz agonizante!
¡Tornad, como siempre, frías,
Sigilosas, impalpables,
Oh tinieblas, las calladas,
Las traidoras, las constantes!
¡Tornad! ¡Y la triste iglesia
Medita: « ¡Oh Dios! ¡Cómo arden
Las estrellas! ¡Qué infinita
Fulguración de diamantes!
Es una capilla ardiente

El espacio..... ¡ Qué millares
De lámparas en el cielo !
¡ Qué transparencia en los aires !
¡ Ay ! ¡ Si viniera algún astro
En mis sombras á clavarse !
¡ Ay ! ¡ Si alumbraran mis sombras
Sus trémulas claridades ! »

VI

Una noche de Diciembre.....
¿ Cómo fué ? ¡ Nadie lo sabe !....
Noche fría, tanto, tanto,
Que en los cielos radiantes
Las estrellas derramadas
Como lluvia de azahares,
Temblaban..... Y llegó solo,
Triste y solo, el caminante.
Entre las hojas de espino
De un capitel, que volcándose
Sobre la yerba del suelo
Era un vaso de follajes,
Colocó el bordón nudoso,
Siguió luego hacia adelante,
Trepó por la escalinata,
Cruzó el pórtico. Las aves
Cuchicheaban : — ¿ Quién viene ?
¿ Es un santo ? ¿ Es una imagen
Desprendida de su nicho ?
No ; es un hombre.
El caminante

Se borró, al fin, en el fondo
De las sombras impalpables.

VII

.....De repente, crujió el templo,
Y relámpagos fugaces
Cruzaron la sombra, como
Luminosos estandartes.
¡ Y se hizo el milagro ! El pórtico
Se alzó, severo y triunfante,
Se completaron los muros,
Y se irguieron los pilares,
Y se abrazaron los arcos,
Y se combaron las naves.
La arquitectura gallarda,
Esbelta, elegante, ágil,
En una ascensión gloriosa
Fué elevándose, elevándose,
Hasta clavar sus agujas
En el zafir ! — Ni un detalle
Perdió : ni santos, ni reyes,
Ni en la ojiva, los cristales,
Ni en las guirnaldas, las hojas,
Ni en los muros, los encajes,
Ni en las piedras, las aristas,
Ni las vetas en los mármoles.
Hasta la herrumbrosa máquina
Del reloj, pausada y grave,
Comenzó á seguir el tiempo,
Grano á grano, instante á instante.

VIII

¡ Cuánta luz en la tallada
Cancela !... ¡ Qué ! ¿ Viene alguien ?
Á lo lejos un reguero
De antorchas inunda el valle.
Y en el bosque espeso y hondo,
Aquí y allá, entre los árboles,
Van picando la tiniebla
Llamas rojas y brillantes.
Todo vive : la campana
Se balancea en los aires...
¡ Acudid, almas en pena,
Que la misa va á empezarse !
Y en literas, en corceles,
En masa, por todas partes,
Llegan nobles y plebeyos,
Las princesas, los infantes,
Pecheros y campesinos,
Los obispos, los abades.
Suben por la escalinata;
Pasan la cancela; invaden
El templo... Se oye que grita
La multitud anhelante;
Quiere entrar, y no es posible
Que penetre; ya no cabe.
Y por dentro..... ¡ cuántos cirios !
Constelaciones radiantes
Que incendian los arabescos,
Hacen ascuas los altares,
Ponen flecos amarillos

Á las columnas en haces,
É incrustan de pedrerías
Los ornatos de las naves.
Los candelabros de plata
Chispean... ¡ Cuántos arranques
De inesperadas fulgencias
Ciegan, en torno del ábside !
¡ Qué vívidas colgaduras
En los áureos barandales !
¡ Qué floridos ornamentos !
¡ Qué matices ! ¡ Qué contrastes !
Y abiertos en los atriles
¡ Cómo albean los misales !
La muchedumbre se agita,
Se encrespa, ondula, combate,
Como las aguas de un río
Que sienten estrecho el cauce
Y desesperadas bullen
Hasta saltar por las márgenes.
Todo brilla y resplandece :
La seda de los briales,
El brocado de los palios,
El oro de los collares,
Las dalmáticas de púrpura,
Los joyeles de brillantes,
El terciopelo de obscuros
Reclinatorios, y el traje
Heráldico y recamado
Del ejército de pajes.
La procesión se adelanta ·
Cruzan, lentos, los ciriales,
Los incensarios voltean,

El humo borda los aires;
Rompe el órgano en sonoras
Armonías celestiales...
La multitud se arrodilla,
Pasan obispos y abades,
Y toca en el campanario
La gozosa, la incansable :
¡Acudid, almas en pena,
La misa va á terminarse!

IX

¡Cantó el gallo! Surgió el alba,
Y la lluvia de azahares,
Se diluyó en las azules
Invioladas claridades!
Llegó el céfiro, el heraldo,
El que despierta á las aves,
El que derrama en la yerba
A puñados, los diamantes;
Y el milagro de los sueños,
La orfebrería elegante,
De un solo golpe se hunde,
Se rompe, se vuela, cae,
Se esfuma, se desvanece,
Y se borra y se deshace.
Y en las rotas columnatas,
En los torcidos pilares,
En las truncadas agujas,
En los huecos de las naves,
Brillaron — hechas de átomos
Inquietos y centellantes —

Sutiles gasas de oro
Como jirones de chales...

X

Cuando el sol trazó en el cielo
Sus vivos arcos triunfales
Tras las montañas obscuras
Y las nieblas del paisaje,
Salió de la iglesia el triste
Misterioso caminante,
Tomó en las manos el seco
Nudoso bordón de viaje,
Y se alejó entre las brumas,
Y se perdió entre los árboles.
Quedó la ruina sola,
Con sus flores y sus aves...
Una noche de Diciembre...
¿Cómo fué? ¡nadie lo sabe!

XI

¡Cuento azul! sencillo cuento
De los tiempos medievales!
Te pareces á mi vida,
Te pareces á los lances
De mi amor... ¡Se te parecen
Tantas historias vulgares!
¡Oh mi romántica! Mírame
Profundamente; que radien
En tus pupilas de ónix
Las arenas de diamante!

¿ Lo conocías ? ¿ Te agrada ?
¿ Lo he contado bien ?... Pues dame
Tus manos, quiero tenerlas
Un instante, ¡ un solo instante !
Me siento dichoso cuando
Con la mirada me aplaudes.
Dime : ¿ Es cierto que está en ruinas
Tu corazón ? ¿ Que no late ?
¿ Que están los nichos vacíos ?
¿ Que se han caído los ángeles ?
¿ Y que cantan los recuerdos
Alguna vez — fieles aves —
Y que las flores marchitas
De tu ternura se abren,
Si en tu nublada memoria
Brilla el sol de otras edades ?
...Mi amor llegó : el taumaturgo,
El buen mago, el nigromante,
Hasta ese templo. Caía
La noche de los pesares.
Se acercó triste y cansado,
¡ Fué tan penoso el viaje !
Y en medio de las ruinas
Gritó : ¡ Que asciendan las naves !
¡ Que resplandezcan los cirios !
¡ Que se adornen los altares !
Corazón : vive y palpita ;
Soy el que esperabas : ¡ ámame !
Mira : llegan en tumulto,
Fatigados, anhelantes,
— Dolientes almas en pena
Que de su sepulcro salen —

Ambiciones, esperanzas,
Y delirios, y ansiedades,
Las más nobles, las más ricas,
Las más bellas, las más grandes
Ilusiones — las princesas —
Y los ensueños — ¡ los pajes !
¡ Oh hermoso templo ! Al conjuro
De mis deseos levántate...
Mi felicidad te invoca...
Va á amanecer... Es muy tarde...
Y mi amor, el taumaturgo,
Llama, y no contesta nadie...
Y se pone de rodillas...
¡ Y el milagro no se hace !

PARA UNA NIÑA

¡Noche Buena!... Mira el cielo :
¡Qué horizontes tan azules!
El cristal de las estrellas
Inviolado y limpio luce.
¿Ves, niña mía? La nieve
Brilla y blanquea en las cumbres,
Y como cisnes que surcan
Claras linfas, van las nubes.
Abriste el balcón y esperas
Ver el milagro : que cruce
Por el aire transparente
La bandada de querubes.
Tu madre te ha dicho : llegan
Esta noche, no lo dudes;
Los envía Dios cargados
De juguetes y de dulces.
Empínate, candorosa,
Y en el hondo espacio hunde,
Sedienta de maravillas,
Tu mirada. ¿Ves las luces
De los cohetes? Semejan
Chispas de invisibles yunques.

Pues bien : allí donde brotan
La alegría se difunde,
Y hay niños buenos que aguardan
La cita de los querubes.
Mas... ¿qué viste, virgencita?
¿Qué me señalas que busque?...
Por la calle negra y sola,
Como una aparición fúnebre
Pasa un pilluelo, un mendigo :
No es fantasma, no te asustes.
¡Arrapiezo! ¿qué voceas?
Tal vez ninguno te escuche;
¡Arrapiezo, canta coplas
Que ya vienen los querubes
Á dar á los niños buenos
Risas, juguetes y dulces!
Tú no eres bueno, muchacho,
Burbuja de podredumbre;
¿Pero qué sabe esta niña
Del arroyo en que te pudres?
No tienes la culpa; el vicio
Es tu sostén y tu empuje;
Naciste en el fango, y eres
Flor sin matiz ni perfume.

Candorosa, ve á lo alto :
¡Cuánta nieve hay en las cumbres!
¡Cuánta estrella hay en los cielos!
¡Cuánta blancura en las luces!
Siempre arriba, siempre arriba
La virgen mirada hunde;
Arriba está lo que anhelas :

Ángeles, sueños y nubes.
Ojalá, que así, tan pura,
El sombrío mundo cruces,
Que allá arriba están amores,
Ideales y virtudes.
No mires la calle negra
Que puede ser que te asustes;
Y mientras alegre aguardas
El cortejo de querubes
Que ha de surcar el espacio
En sus esquifes azules
Cargados de luz, de lirios,
De juguetes y de dulces,
Yo, que llevo en las espaldas
Mi fardo de pesadumbres,
Yo, el desterrado del sueño,
Sin fe, sin amor, sin numen,
Pienso en muchas cosas tristes :
En lo que odia, en lo que sufre...
Pienso en los niños sin madre,
Y en los hogares sin lumbre...

" PUESTA DE SOL "

Por la calle solitaria
cuyo término confuso
vagamente se deslíe
en el oro del crepúsculo,
silencioso y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
enhebrando fantasías
en el aire azul y puro.
Tranquila está la barriada,
los talleres están mudos,
no se ven las chimeneas
empenachadas de humo,
y, á lo lejos, de las fábricas
salen, alegres, los últimos
obreros que se atropellan
en caprichoso tumulto,
y cuyas blusas azules
borda el sol de hilos purpúreos.

Yo callado y pensativo
como siempre, voy sin rumbo.

Mas, de pronto, me detengo,
mis quimeras interrumpo
y las vanas fantasías
del pensamiento sacudo,
para ver curiosamente
á dos chicuelos : — un grupo
adorable, que cabría
en una canción de Hugo. —
Él la llama, y ella acude,
se hablan bajo, y así juntos,
siéntanse en los escalones
del portón, al pie del muro,
y en una seriedad cómica,
ella grave y él adusto,
principia la confidencia
más deliciosa del mundo.
¡ Oh viejo pintor de niños
que andas en busca de asuntos !
mira : la luz pone toques
divinos á este conjunto.
En el fondo, de sillares
ensalitrados y húmedos,
rojos y recién lavados
por la lluvia, se ven puntos
de tan diversos matices
— vivos, opacos, obscuros —
que en la rica policromia
de tonos suaves y crudos,
la pared arlequinesca
que, á trechos, ornan los musgos,
parece lienzo manchado
traviesamente con grumos

de color. — Una parásita
en los ladrillos desnudos
hinca su ramaje como
los tentáculos de un pulpo,
y entre la maraña verde
un juguetón rayo súbito
en cada gota de lluvia
prende un rubí diminuto.
Y en la fantasmagoría
de la luz, que hace del muro
inconcebibles mosaicos
y deslumbrantes estucos,
los dos muchachos semejan,
en medio de tanto lujo
dos príncipes del oriente
en espera de sus súbditos.
¡ Qué tocado de diamantes
en el ceniciento rubio
del cabello de la niña !
¡ Qué reluciente y qué fúlgido
el toisón que arde en el pecho
del rapaz ! ¡ y qué conjunto
de áureas telas y tisúes
sobre los harapos sucios !
¡ Oh buen sol, hábil joyero,
sol de Abril, sol moribundo !
¡ Andrajosa reinecita
que vistió la luz ; y cuyo
corpiño de resplandores
cubre el talle y ciñe el busto !
¡ Duquecito del arroyo,
Buckingham que el cielo tuvo

á bien ataviar con sedas
y brocados del crepúsculo!
Tú, ¿qué cuentas? Tú, ¿qué oyes?
Tú, ¿la grave? Tú, ¿el adusto?...
Yo me acerco poco á poco
y curiosamente escucho.

La barriada está tranquila;
los talleres están mudos.

¡Bien, muchacho! — Fuiste al bosque
y corriste mucho, mucho,
y flores y mariposas
la traes... ¡lindo tributo!
Tu gorra de saltimbanco
— hecha una criba — es refugio
de caléndulas, de lirios,
y de rosas, donde, ocultos,
se agitan entre los pétalos
los cuerpecitos convulsos
de las pobres mariposas
heridas. Hundes los puños,
y narrando tus proezas,
alzas, con heroico orgullo,
tu presente de perfumes
y de alas... Y el tributo,
va cayendo, va cayendo,
del aire sereno y puro
á la falda de la niña
que oye con asombro mudo,
la historia de tu aventura,
mientras fijos en un punto,

miran cosas invisibles
sus ojos meditabundos.

Cuando mi presencia notan,
ella inquieta, y él ceñudo,
parecen decirme: — ¡vamos,
nos estorbas, vete, intruso!
Y yo me alejo sin pena
porque dejar solo es justo
á Buchingham de siete años
con Ana de Austria de un lustro.
Y pienso: Yo también tuve
aventuras, y dí muchos
presentes de alas y flores,
y fuí amado y tuve orgullo.
Dí ilusiones, esperanzas,
fe, ternuras, con el único
placer de posar los labios
en unos cabellos rubios.
Un coloquio de chiquillos
fué mi amor...
Y taciturno,
solitario y pensativo
como siempre, voy sin rumbo
por la calle silenciosa
cuyo término confuso
vagamente se deslíe
en el oro del crepúsculo.

Gritos clásicos

(1897-1898.)

Á Balbino Dávalos.

Á UN LECHO

Ella y yo éramos tuyos. Á tu abrigo
gozó mi juventud de las primicias
de una virginidad, de las delicias
de un voluptuoso amor; guardas contigo
la fragancia de un cuerpo en el que sigo
soñando, y maceré con mis caricias,
y en las horas ardientes y propicias
al placer, fuiste mi mejor amigo.

Embriagado en el éxtasis que arroba
yo ví su blanca desnudez tendida
en tu nido de sedas y caoba;
y en ti, como en un ara bendecida
celebré en la penumbra de la alcoba
el rito misterioso de la vida.

La lluvia de mis besos ha caído
En su busto de mármol. Poco á poco,
Entre mis brazos, ebria por el loco
Vértigo del amor, halló el olvido.

Su boca, roja y húmeda, fué nido
De mis calientes ósculos, y lleno
De amorosos cansancios, me he dormido

Sobre la tibia nieve de su seno.
Pasa, imbécil, y mírame: tu necia
Mirada no me irrita; en los festines
De mi risueña juventud, un día
Yo bebí en esa crátera de oro
El vino del amor... ¿Quedó una gota?...
Apúrala, que no me das agravios
Aunque orgulloso y vano te embeleses.
¿La ves?... Pues dondequiera que la beses
Has de besar la huella de mis labios.

VESPERTINA I

Roja puesta de sol.
Bordando el domo
del crepúsculo ígneo, se destaca
la obscura ramazón de un árbol, como
la sombra de una mano abierta y flaca.
Cruza el incendio un pájaro; parece
pincelada de sepia fugitiva;
ya en lo alto el fulgor se desvanece
en un lúgubre azul, donde cautiva
y engastada en penumbras, se estremece
una pálida estrella pensativa.
Por el gris é intrincado varillaje
del bosque, la tiniebla silenciosa
va tejiendo el sutil y negro encaje;
pero aun quedan prendidos al follaje
ampos de luz cansada y perezosa
entre los oros muertos del paisaje.
Estoy solo y medito;
y mientras sueño, y sobre mi cabeza
comienza á constelarse lo infinito,
abro mi corazón á la tristeza:
una tristeza santa que me viene

¡ oh mi Madre, de ti, Naturaleza,
de ti que me haces soñador y artista,
y dejas que mi espíritu se llene
con un vago delirio panteísta !...
Santa y dulce tristeza que me vino
sin que yo la llamese !...
Cuelga en tanto
su lámpara la luna, en el divino
silencio de la noche. Y me imagino
que es una celestial gota de llanto.

VESPERTINA II

No me preguntes si la amé... ¡ quién sabe !
Cuando la vi en mi lecho, ya rendida,
trémula de pasión, como una ave
que aprisionó el deseo, dar la vida
cual una ofrenda en el altar suave
de su seno de virgen fué mi gloria.
Se estremeció mi carne entre sus brazos,
y me alejé, sin penas y sin lazos
de aquel amor sin alma y sin historia.
¿ Amor ?... Tal vez ; mas el sensual que gasta
en besos la energía y la memoria ;
deshace el ideal, apura el brío,
y lentamente sorbe alientos, hasta
que se asoma en la cámara el hastío,
abre á la luz la puerta, y dice : basta :
fugaz y ardiente amor, muere de frío.
... Pero tú no me entiendes ! En tu casta
sonrisa hay burla, y á la vez, asombro :
¡ Ah ! perdóname ; apoya tu risueña

cabecita de ángel en mi hombro,
y en tu delirio azul húndete y sueña.
Abre tus alas invisibles ; sube,
y busca en las celestes fantasías,
alguna blanca y vaporosa nube
que abrigue tus quimeras y las mías.
Vuelca el cáliz de oro, consagrado
y ofrecido por tu alma á mi ternura,
donde vertí, sacrílego y osado,
mi lágrima más acre y más impura.
¿ Ves ? ¡ Qué cielo tan limpio ! En tus pupilas
irradia su misterio y su pureza.
¡ Qué dulces, qué apacibles, qué tranquilas
á un tiempo están la tarde y tu belleza !
Que tu sueño perfume mis dolores ;
que arrulle mi maldad tu voz suave :
interroga á los astros y á las flores ;
no me preguntes si la amé... ¡ quién sabe !

VESPERTINA III

Más, apóyate más, que sienta el peso
de tu brazo en el mío ; estás cansada,
y se durmió en tu boca el postrer beso
y en tus pupilas la última mirada.
¡ Qué fatiga tan dulce, la fatiga
que precede á los éxtasis ; pereza
del cuerpo y del espíritu, que obliga
á mezclar el amor con tristeza.
Se va la luz.
Y la Naturaleza

parece que nos dice: Soy amiga
de todos los que se aman; los amparo.
Ya os dí alcobas de flores, ya os dí asilos
misteriosos... descansad tranquilos
en la estrellada sombra que os preparo.
¡ Oh, buena amiga ! — El alma de las cosas
sigue de nuestro espíritu las huellas ; —
primero, para amar, nos diste rosas,
después, para soñar, nos das estrellas.
La luz se duerme en el zafir, lo mismo
que en los profundos ojos de mi amada;
pero queda un fulgor en el abismo
y un toque de pasión en la mirada.
¡ Sutil y misterioso panteísmo !...
...Más, apóyate más; vienes cansada...

PLEGARIA

Que un cuerpo de Bacante, tibio y blanco,
mi amor impuro encuentre,
de recias carnes y flexible flanco,
anchas caderas y macizo vientre.
¡ Oh amor impuro ! Para ti, que el grueso
rubí caliente de la boca se abra,
á confundir en el convulso beso
el suspiro, la risa, la palabra.
Que húmedas brillen las pupilas, llenas
de languidez tras el encaje obscuro
de las pestañas, implorando obscenas
caricias locas á mi amor impuro.
Que en los senos, de albura nacarada,
se yerga, rojo y alto, el pezón breve,
como rosa de púrpura clavada
en un alcor de nieve.
Que venga hasta mi alcoba, de improviso,
el mármol hecho carne; que del friso
las figuras eróticas se muevan;
que torne el alma á la escultura inerte,
y que sienta en mi sér que se renuevan

las juveniles ansias.
Que la Muerte
me sorprenda, en un grito de entusiasmo
— ya libre del dolor y de la duda —
en el supremo instante en que el espasmo
mis miembros y mi espíritu sacuda.
¡ Materia, vieja madre ! Estoy rendido
de ir tras el Ideal; búscame un nido
donde sacie mi ardor sus devaneos,
la idea y el dolor me han consumido
y ya sólo me quedan los deseos.
Que del templo en el pórtico distante,
en éxtasis profético, los sabios
mediten, yo á ti vuelvo , hijo constante,
con un verso de Ovidio entre los labios :
Sé compasiva...
Quiero una Bacante... !

Rimas frágiles

(1895-1898.)

UN DELIRIO DE COLORES

Mientras que la fiebre me arrulla y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.

La marcial fanfarria, cantando victorias,
suspende en mi cuarto la paz y el misterio,
y entre mis delirios sacude memorias
de antiguas lecturas, de viejas historias
y heroicos combates del Primer Imperio.

Un brutal y rudo vértigo arrebata
mi mente, y al ruido del paso sonoro
sueño en la bandera — visión escarlata
que va entre los sables — espigas de plata
y entre los clarines — corolas de oro.

Por el horizonte que en tinieblas hierve
cruza un caballero de blanco bridón,
y súbita flama, me deja que observe
por bajo el sombrero bicorne, el imberbe
y ceñudo rostro de Napoleón.

¡Festival de luces! Se viste de gala
mi cerebro, todo cambia de figura,
se agita, chispea, y bulle y resbala
por el fondo ardiente de luz de bengala
del caleidoscopio de mi calentura.

Baten los tambores su marcha sonora
en tanto que el loco pensamiento mío,
sus extravagancias alumbra y decora
y teje y desteje la multicolora
tela deslumbrante de mi desvarío.

Sobre rotos iris efímeras flores
sus pétalos juntan en el aire leve,
y caen, orlados de vivos fulgores
en la pirotecnia de los resplandores
jacintos purpúreos y rosas de nieve.

De improviso, el juego febril se desploma
y queda un gris turbio de cielo de lluvia,
donde, precedida de luz y de aroma,
cual rompiendo un aro de papel, asoma
tu funambulesca cabecita rubia.

Cuando me sonríe, risueña y traviesa,
con el dulce gesto de una Colombina,
parece que un dardo de luz me atraviesa
y siento que unos labios de frambuesa
en mi boca ponen humedad divina.

Y te vas, y entonces que vuelvas suplico,
y apareces como fina miniatura
pintada en el raso de un ocre abanico

que se abre y se cierra, luminoso y rico;
en la policromia de mi calentura.

Y mientras la fiebre me arrulla y me abrasa
y rompe quimeras en mi fantasía,
como en sueños oigo la tropa que pasa
bajo el entreabierto balcón de mi casa
que inundan los claros fulgores del día.

LUCES RÁPIDAS

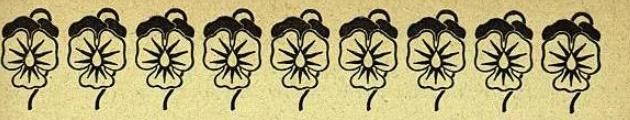
Á veces, la sombra que habito se alumbra,
Y rompe un instante la negra penumbra
Un rayo de luz,
Cual suele de noche fugaz meteoro
Rayar en el cielo con línea de oro
El pálido azul.
Entonces, mi obscura memoria se agita,
Y surge un recuerdo, que tiembla y palpita,
Cual pájaro herido que quiere volar.
Mis sueños se avivan, mi mente se inquieta,
Sacudo el letargo, me siento poeta,
Y entonces... entonces me pongo á cantar.
Pasaste. Yo estaba callado... Me viste
Y entró hasta mi alma, la dócil, la triste
Cautiva que llora soñando en la luz,
Un largo reflejo de estrella de oro,
Cual suele, de noche, fugaz meteoro
Rayar, á lo lejos, el pálido azul.

PARA UN ABANICO

¿En qué mano blanca y leve
De princesa, te abrirás
Como rosa de oro y nieve?
¿En qué aromático y breve
Suspiro te inundarás?
Ala frágil, viva y loca,
¿Cuál ensueño arrullarás,
Y los besos de qué boca
Guardarás?

Fino biombo de sonrisas
Que levantas é improvisas
Escondites al amor;
¿Qué ilusión te hará su nido?
¿Dormirás en qué escondido
Tocador?
Tu futuro misterioso
Es un símbolo gracioso:
Busca mi alma con ardor
Para abrirse, alegre y franca,
Una mano suave y blanca,
Y un suspiro, y un amor.

Abanico de oro y nieve,
Te abrirá la mano leve
Y suspiros mecerás;
Pero mi alma busca en vano;
Mano suave, blanca mano
Que yo espero... no vendrás!



CIERRO EL LIBRO....

Cierro el libro donde puse
como en una fosa el ánima
y me quedo meditando
tristemente en tu inconstancia.

Tuviste razón, mi vida
no pudo hacerte su esclava,
ni en el mar de tus caprichos
sirvió mi fe de atalaya.

La cárcel de mi ternura
era estrecha, y en mis ansias
las cadenas de mis brazos
te apretaban, te apretaban.

¿Qué fué mi amor? Centinela:
¿qué fué mi pecho? Muralla,
celoso alcaide el deseo,
calabozo obscuro el alma.

Eres linda, eres coqueta,
eres joven, y tu falta

fué la del ave, que un día
por huir, rompe la jaula.

Tristemente cierro el libro
que dice : La vida es mala,
efímeros los placeres,
mentidas las esperanzas.

El hombre se aburre en vano,
y la boca de la nada,
bosteza tragando sueños
y á la vez, bebiendo lágrimas.

El infinito sonríe
sobre la estulticia humana,
el dolor es viejo achaque,
y vieja locura el alma.

Bien hizo en venir el triste
recuerdo de tu inconstancia
para consolar mis dudas,
y entretener mis nostalgias.

Cierro el libro y también cierro
los ojos, y por mi estancia
en un ambiente de oro
como en un ensueño pasas.

Llegas; me tiendes las manos,
me acarician tus miradas,
y el perfume de tu carne
por mi cuerpo se derrama.

No te aborrezco : ¿qué culpa
tuviste de ser ingrata,
si para nuestra desdicha
yo fuí cárcel y tú ala?

Cierro el libro donde puse
como en una fosa el ánima
y me quedo tristemente
meditando en tu inconstancia.

¿Qué símbolo misterioso
hay entre ti y estas páginas,
qué ocultos enlaces entre
tu desdén y estas palabras?

El libro y tú me aconsejan,
cuídate, la vida es mala,
efímeros los placeres,
mentidas las esperanzas.

Por los dos sufrí... ¡Qué importa!
en el libro que es una ánfora
de errores, encontré un grano
de verdad y eso me basta.

Cruzaste por mi camino
y en ti como en áurea crátera
bebí mi gota de néctar...
¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias!

ÍNDICE

El regreso 9
El gran crimen. 12
La última visita. 21
La última serenata 29
Siebel 42
A solas. 44
Íntima 47
Llueve! 49
¡Sola! 53
Mis noches 55
Al Dante 59
Aves 60
Redención. 62
De profundis 64
Invernal 66
Sub terra. 69
Perlas 71
Evocación. 74
Entra, rayo de luna. 76
Suicida. 78
Flor de invierno 80
Desde mi ventana. 82
Ojos tristes. 84
En plena noche. 86
Humorismos tristes. 95
A la novia de un poeta 101
En memoria de mi perro " Baudelaire " 103
Carmen. 109
Una juventud. 118
Portada. 135

La misa del alba 136
Para una niña 150
"Puesta de sol". 153
A un lecho. 161
Vespertina 163
Plegaria 167
Un delirio de colores 171
Luces rápidas 174
Para un abanico 175
Cierro el libro... 177

Paris. — Imprenta de la Vda Ch. BOURET. — 600-1902.

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

NUEVO DICCIONARIO

DE LA

LENGUA CASTELLANA

Por **ROQUE BARCIA**

Undécima edición dispuesta con arreglo á la última de la Academia, y aumentada con más de veinte mil voces usuales de Ciencias, Artes y Oficios, y diez mil á que la Española acaba de dar carta de naturaleza en el idioma.

Contiene, además, un Diccionario de las voces y locuciones latinas y extranjeras más usadas en la Literatura, el Periodismo y la Conversación.

Un tomo 12° con pasta de tela.
— — flexible.

NOVÍSIMO DICCIONARIO

DE LA

LENGUA CASTELLANA

En el que se hallan incluídos cuantos vocablos contienen los Diccionarios de la Lengua Castellana publicados hasta el día, inclusos los de la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, BARCIA, DOMÍNGUEZ

Monlau, Salvá y otros varios

Contiene, además, una infinidad de voces pertenecientes á las artes, ciencias, letras y oficios, y muchísimas de frecuente uso en América, por una Sociedad de escritores bajo la dirección de Don CARLOS OCHOA, con un suplemento que contiene el

Diccionario de Sinónimos de la Lengua Castellana, por D. Pedro de Olive, y el **Diccionario de la Rima**, por D. Juan Landa.

Un volumen en 4°.

POESÍAS COMPLETAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

(DUQUE JOB.)

En dos elegantes volúmenes y con prólogo de Justo Sierra, están ya á la venta las poesías del *Duque*, poesías de las que el autor eminente del *Beato Calazans* dice : « que son como los nelumbios del Nilo, estrellas vivas engarzadas en cristal; » poesías que en su conjunto forman « la flor más bella, la más perfumada, la flor de otoño del romanticismo » y que « en los elementos de su savia, en el jugo que la colora se pueden encontrar elementos selectos de todas las producciones poéticas que aquí y allende el mar, le eran anteriores de cerca, y en la poesía de toda la generación que á Gutiérrez Nájera sucede, está deshojada como en una copa de vino generoso, la carola de esa flor. »

2 vol. 12. Percalina.

JUSTO SIERRA

CUENTOS ROMÁNTICOS

Este es un libro de amor, pero no de amor naturalista, sino del ideal y puro que la juventud de hace 25 años profesaba como una religión que podía tener sus inconvenientes, pero mucho menores que el modo actual de concebir los afectos del corazón. No es obra de un filósofo, es obra de un poeta en la primera época de la vida de la imaginación y de los sueños. Por lo mismo, este libro puede ser leído por todos los jóvenes, por todas las niñas. Nada encontrarán en él que lastime ni la delicadeza de su alma, ni el pudor de sus sentimientos, ni la serenidad de sus creencias, á pesar de que desbordan en él la pasión y la vida.

Un tomo 12°, rústica.
— Percalina.

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO

VÍRGENES Á MEDIAS

Por MARCEL PREVOST

Versión castellana de ROMO-JARA *de la 180e edición francesa*

POESÍAS

POR

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Un tomito elegante que contiene más de treinta composiciones, algunas inéditas, del más grande de nuestros poetas líricos; encuéntranse entre otras : *Sursum*, *Victor Hugo*, *A los héroes sin nombres*, *á Byron*, *Redemptio* y otras no menos renombradas.

1 vol. 12°, rústica.

ALEJANDRO DUMAS

NAPOLEÓN

Su Vida,
Sus Guerras y Empresas políticas,
Sus Aventuras amorosas.

1 vol. in-12°. Percalina.
— Rústica.

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

CARMEN

NOVELA MEXICANA

Por **PEDRO CASTERA**

En elegante edición, con una acuarela de artista mexicano en la carátula, ofrecemos esta novela, de la que un autorizado escritor ha dicho que « Carmen » pertenece en su género á la novela sentimental, y ésta es como las vestales romanas, la sacerdotisa que conserva el fuego de los nobles sentimientos, del amor caballeresco y de los tiernos goces del hogar y de la virtud.

Un volumen 12º rústica.
— — percalina.

JORGE ISAACS

MARÍA

NOVELA AMERICANA

Rústica.
Percalina.
Amateur.
Medio Marroquin Oriente, con puntas, propio para regalo.

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

EL AMA DE CASA

Ó SEA

GUÍA de la MUJER

BIEN EDUCADA

EN MATERIA DE HABITACIÓN Y OCUPACIONES DOMÉSTICAS, GASTOS, COCINA, MODA, COSTUMBRES Y USOS DE SOCIEDAD, HIGIENE, TOCADOR, ARTE DE LA CONVERSACIÓN, DISTRACCIONES Y DEBERES DIVERSOS

POR

MARÍA ANTONIA GUTIÉRREZ

PARTE PRIMERA
El Hogar

PARTE SEGUNDA
La Vida social

PARTE TERCERA
El Tocador

PARTE CUARTA
La Cocina

PARTE QUINTA
La Salud en el Hogar

Magnífica edición con una cubierta en cromo:

Rústica.
Cartón.
Tela cortes dorados.
Pasta flexible.
Beadel amateur.
Marroquín amateur, con estuche (propio para regalo).

NOCIONES ELEMENTALES

DE AGRICULTURA

POR EL Dr. JESÚS DÍAZ DE LEÓN

EDICIÓN ILUSTRADA CON 79 GRABADOS

ÍNDICE DE LA OBRA. — Los treinta y cuatro capítulos que contiene la obra, son los siguientes : *Prefacio.* — *Introducción.* — Importancia de la agricultura. — Definiciones y clasificación. — Nociones generales de Botánica. — Clasificación agrícola de las plantas. — Climas y regiones agrícolas. — Germinación y multiplicación de los vegetales. — De los injertos. — De las tierras y su naturaleza. — De las tierras arables. — De los abonos y operaciones que mejoran las tierras ó corrigen sus defectos. — Rotación de las cosechas. — De las labores y los instrumentos de cultivo. — Del drenaje y los riegos. — De las cosechas y algunos aparatos agrícolas utilizados en trabajos diversos. — Cultivos especiales. — Cultivo del trigo. — Cultivo del trigo (conclusión). — Cultivo del maíz. — Cultivo del maíz (conclusión). — De las legumbres. — Frijol. — Haba. — Cultivos forrajíferos. — Alfalfa. — De algunos cultivos especiales. — Trébol, garbanzo, lenteja, guisante, cacahuate, tamarindo. — Cultivo de algunas otras gramíneas. — Arroz. — Cebada. — Avena. Centeno. — Mijo. — Alpiste. — Plantas sacarinas. — Caña de azúcar. — Sorgo. — Remolacha. — Morera y Moral. — Cáñamo. — Lino. — Henequén. — Del maguey. — Algodonero. — Cultivo del café. — Cultivos varios. — Añil. — Rubia. — Azafrán. — Tabaco. — Animales útiles al agricultor. — El caballo. — El burro. — El macho. — La raza bovina. — Buey y vaca. — El borrego. — La cabra. — Índice alfabético de voces técnicas.

Un volumen 12vo.

Manual de magia blanca (Nuevo). Colección de juegos de destreza, misteriosos, de sociedad, matemáticos, físicos y químicos. Nueva edición completamente refundida y muy aumentada por Karl Krespel, director que ha sido en varias cortes alemanas. Con 95 hermosos grabados. 1 t. 12.

Rústica, cubierta cromo.
Tela.

Manual de magia negra y de artes infernales con la historia de las creencias misteriosas en todos los siglos, por Francis de las Palmas. Adornado con 40 magníficas láminas. 1 t. 12.

Rústica, cubierta cromo.
Tela.

LIBRERIA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

LA

HIGIENE DE LOS SEXOS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL

Dr E. MONIN

SECRETARIO DE LA SOCIEDAD FRANCESA DE HIGIENE
CABALLERO DE LA LEGIÓN DE HONOR Y OFICIAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

Por **ALBERTO LEDUC**

PRÓLOGO

Nuestro objeto al publicar este libro, ha sido poner al alcance de todo el mundo, los preceptos de higiene privada y social, relativos á las cuestiones intersexuales, preceptos que en la vida de nuestra especie ocupan un lugar análogo al que ocupa la nutrición en la vida del individuo.

La prensa y el público acogieron tan benévolamente esta obrita, que para merecer semejante acogida, el autor se ha visto obligado á eliminar todas las imperfecciones y á llenar los vacíos inherentes con frecuencia á toda primera edición.

Esperamos, pues, ofrecer ahora al lector una guía verdaderamente completa y práctica, que en muchas circunstancias le será útil y agradable consultar.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

CAPÍTULO. I. — Higiene de los órganos sexuales del hombre.
II. — Higiene de la función sexual en el hombre.
III. — Higiene general de la mujer.
IV. — Higiene sexual de la mujer.
V. — Higiene intersexual.
VI. — El matrimonio y el heredismo.
VII. — Higiene de la fecundación, del embarazo y del parto.
VIII. — Higiene mamaria.
IX. — La edad crítica y su higiene.
X. — Higiene social : El hombre, la mujer, la familia y el amor.
XI. — La prostitución.
APÉNDICE. — Recetas y fórmulas usuales.

1 vol. 12. Rústica.
— Percalina flexible.

LIBRERÍA DE LA Vda DE C. BOURET
14, Cinco de Mayo. — MÉXICO.

GUYOT

BREVIARIO

DEL

Amor Experimental

¿ No es extraño que tengamos ameritados perfumistas, cocineros, profesores de óptica y maestros de música; que estudiemos conforme á las leyes matemáticas y á los principios científicos, todo lo relativo á músculos, gusto, olfato, vista y que abandonemos el ejercicio del sentido dominador de la existencia humana, en su creación, en su curso y en su fin postrero, únicamente á los extraviados instintos de las canciones, comedias y estampas obscenas y á la tradición de libertinos y de cortesanas?

El privilegio más grande del género humano, en su libertad espiritual, consiste en elevar su inteligencia hasta la creación y cultura de ciencias y artes.

Cada uno de los sentidos del hombre ha llegado á ser la base de una ciencia y de un arte, cuyos progresos han seguido de siglo en siglo los progresos del espíritu humano. Solo el sentido generador, el más poderoso y temible de todos, para el bien y el mal, para la felicidad ó desdicha de la humanidad, se ha quedado sin enseñanza científica, sin principios artísticos, sin análisis técnico; se ha quedado poco más ó menos, como entre los animales, sin tradición ni perfeccionamiento. EL BREVIARIO DEL AMOR viene á llenar ese vacío, sintetizando en doce meditaciones los deberes conyugales y las reglas científicas, por decirlo así, para la práctica del amor.

Papel corriente, rústica.
— — pasta flexible.
Tenemos algunos ejemplares en papel japón, rústica.